CUADERNOS
historia 16

El colonialismo

Rosario de la Torre



224

175 ptas



INFORMACION Y REVISTAS, S. A.

PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.

VICEPRESIDENTE: Carlos Bustelo.

DIRECTOR GENERAL: José Luis Samaranch.

DIRECTOR: David Solar.

SUBDIRECTOR: Javier Villalba.

COORDINACION: Asunción Doménech.

REDACCION: Isabel Valcárcel, José María Solé Mariño y Ana Bustelo.

SECRETARIA DE REDACCION: Marie-Loup Sougez.

CONFECCION: Guillermo Llorente.

FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.

CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.

REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.°. 28037 Madrid. Teléfonos 407 27 00 - 407 41 00.

Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.

SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 268 04 03 - 02.

PUBLICIDAD MADRID: Susana Vázquez.

IMPRIME: MELSA.

DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avenida Valdeparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).

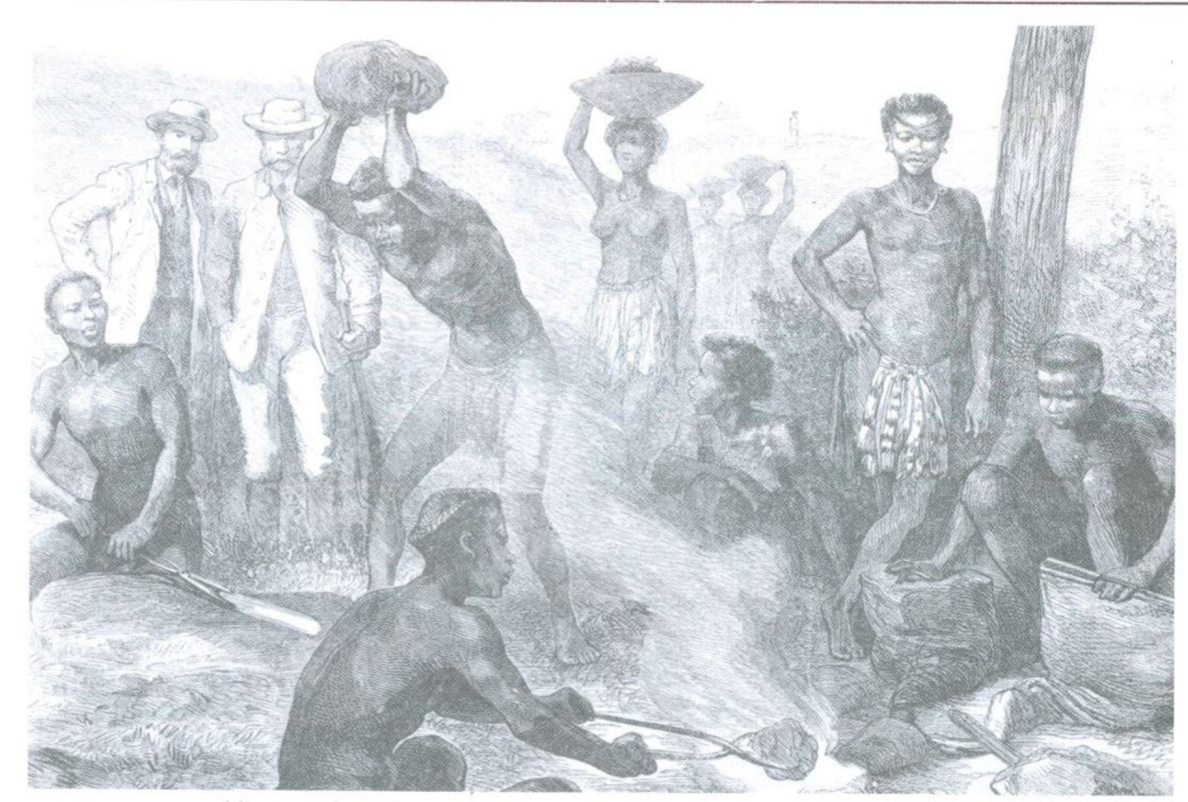
Depósito legal: M. 41.536. — 1985.



Con el patrocinio cultural de la Junta de Andalucía

CUADERNOS historia 16

201. Felipe II. • 202. Altamira. • 203. La Commonwealth. • 204. La ciudad castellana medieval. • 205. Los Borgia. • 206. La Arabia de Lawrence. • 207. La guerra de la Independencia 1. • 208. La guerra de la Independencia 2. • 209. El nacimiento de la escritura. • 210. La China de Mao. • 211. La España de Carlos II. • 212. El Neolítico. • 213. La Florencia de los Medici. • 214. La flota de Indias. • 215. El imperio portugués. • 216. Las primeras ciudades. • 217. La independencia de la India. • 218. Viajeros de la Antigüedad. • 219. Los Templarios. • 220. La Iglesia y la II República. • 221. Los virreinatos americanos. • 222. Los tracios. • 223. La Hansa. • 224. El colonialismo. • 225. Los moriscos. • 226. Ciencia del antiguo Egipto. • 227. La independencia de EE UU. • 228. Las siete maravillas de la Antigüedad. • 229. La China de Confucio. • 230. Cromwell y la revolución inglesa. • 231. Las órdenes mendicantes. • 232. El Irán de Jomeini. • 233. El megalitismo ibérico. • 234. El México de Juárez. • 235. Picasso. • 236. Los Balcanes contemporáneos 1. • 237. Los Balcanes contemporáneos 2. • 238. La ruta de la seda. • 239. La reforma agraria en España. • 240. La revolución de 1905. • 241. Troya. • 242. Los condottieros. • 243. El Magreb. • 244. La conquista de Sevilla, 1248. • 245. La América de Roosevelt. • 246. Los vikingos. • 247. La cultura helenística. • 248. El Madrid de los Austrias. • 249. La conquista árabe de la Península. • 250. Japón Tokugawa. • 251. El Oeste americano. • 252. Augusto. • 253. La Barcelona medieval. • 254. La huelga general de 1917. • 255. Japón: de Meiji a hoy. • 256. La medicina en el mundo antiguo. • 257. La Revolución industrial. • 258. Jorge Manrique. • 259. La Palestina de Jesús. • 260. La España de Isabel II. • 261. Los orígenes de la banca. • 262. La mujer medieval. • 263. Descubrimientos geográficos de los siglos XVII-XVIII. • 264. El Egipto ptolemaico. • 265. Los arameos. • 266. La guerra de los Cien Años. • 267. La colonización de América del Norte. • 268. La Rusia de Pedro el Grande. • 269. La dictadura de Primo de Rivera. • 270. Canadá. • 271. El siglo de oro andaluz. • 272. Los Estados Pontificios 1. • 273. Los Estados Pontificios 2. • 274. Los grandes imperios africanos. • 275. Goya. • 276. La Inglaterra isabelina. • 277. Las Naciones Unidas. • 278. La Babilonia de Nabucodonosor. • 279. El Renacimiento. • 280. Los carlistas. • 281. La Rusia de Catalina II. • 282. El Bizancio de Justiniano. • 283. El nacimiento de Portugal. • 284. La revolución cubana. • 285. La generación del 98. • 286. El año 1640. • 287. La Mafia. • 288. La España de Calderón. • 289. El nacimiento del cine. • 290. La España de Fernando VII. • 291. Aviñón. • 292. El teatro griego. • 293. El peronismo. • 294. Las revueltas campesinas en Andalucía. • 295. La América de la opulencia. • 296. La Castilla del Cid. • 297. La II Internacional. • 298. Hispanos en Roma. • 299. El siglo de Luis XIV. • 300. Los Reyes Católicos.



Mineros y fundidores zulúes en una explotación europea del Africa Austral, mediados del siglo XIX. (La Ilustración Española y Americana)

Indice

EL COLONIALISMO EUROPEO, 1870-1914

Por Rosario de la Torre del Río

Profesora titular de Historia Contemporánea. Universidad Complutense de Madrid.

1815-1870. La omnipresencia británica 4
Del viejo al nuevo colonialismo 4
1870. El viraje 6
La formación de una economía mundial ... 8
Rivalidad de las potencias 10
Los límites del «Concierto de Europa» 14
Expansión y reparto: el norte de Africa 18
El Africa subsahariana 19
Asia 22
La expansión de los Estados Unidos 26
Los riesgos de las alianzas permanentes .. 26
Las consecuencias de un insatisfactorio reparto 28
Bibliografía 31
Textos .... I-VIII

El colonialismo

Rosario de la Torre del Río
Profesora Titular de Historia Contemporánea
Universidad Complutense de Madrid.

EN 1870 el mundo había conocido aproximadamente cuatrocientos años de imperialismo europeo entendiendo por ello la *expansión* de las potencias europeas sobre otros países. A lo largo de esas centurias se habían sucedido Imperios coloniales de españoles, portugueses, holandeses, franceses y británicos, y siempre la extensión de su control sobre territorios no-europeos había supuesto —en proporciones distintas— comercio, misiones, aventura, asentamiento, pillaje, orgullo nacional, conquista y guerra entre potencias rivales. La simple relación de los países mencionados señala el papel jugado en esta expansión por los pueblos marítimos del occidente europeo. Pero no fue siempre necesario cruzar el mar para convertirse en una potencia imperial; tenemos buenos ejemplos del mismo proceso dentro de áreas continentales: la creación de grandes Imperios dinásticos por los Habsburgo y por los turcos otomanos, la tradicional marcha hacia el Este —*Drang nach Osten*— de los germanos en busca de tierras para el asentamiento y el comercio, las conquistas continentales de Napoleón, el rápido avance de Rusia sobre el Asia Central y Meridional durante el siglo XIX, incluso la expansión hacia el Oeste de los Estados Unidos en el mismo período completa, con ejemplos continentales, las experiencias de los Estados marítimos. No parece, por tanto, que en 1870 pudiese considerarse *nueva* la expansión del control y poder europeos sobre otras partes de la tierra, y sin embargo, el término *imperialismo* parece ser una invención de mediados del siglo XIX, y la etapa posterior a 1870 empezará muy pronto a ser conocida —en un sentido específico y desagradable— como *la edad del imperialismo*.

1815-1870. La omnipresencia británica

Si bien, durante los siglos XVI-XVIII, las distintas potencias marítimas de Europa Occidental se habían disputado sus Imperios coloniales, a comienzos del siglo XIX la situación parecía más clara que nunca; el Congreso de Viena había reconocido la hegemonía incontestable de los británicos; en 1815, las posesiones de las otras potencias europeas pueden definirse globalmente como aquello que Inglaterra ha tenido a bien restituir. La relativa generosidad británica se explica por su deseo de no aumentar las susceptibilidades francesas y de afirmar su simpatía por el nuevo reino de los Países Bajos; se trata, pues, de un aspecto más de su política de equilibrio europeo que no debe inducir a engaño; con respecto a las colonias españolas de América del Sur mantendrá una política decidida que acelerará su fraccionamiento, y la restitución a los holandeses y franceses de un cierto número de territorios no modifica su condición de gran potencia colonial. Así, cuando analizamos el mapa colonial de 1815 debemos tener cuidado y no dejarnos engañar por las apariencias. La verdad colonial de 1815 está prácticamente constituida por la red que sobre todo el mundo ha trazado la marina y los intereses británicos; una red que presenta el único *desgarrón* de la independencia de los Estados Unidos.

Del viejo al nuevo colonialismo

El poco interés concedido en el Congreso de Viena al *hecho colonial* es un buen testimonio de un cierto *espíritu de los tiempos*. El *viejo* colonialismo tenía su lógica en el triunfo del mercantilismo; la colonia era entonces una parte integrante de un sistema considerado necesariamente cerrado, era una pieza de caza que la metrópoli guardaba. Esta visión pierde consistencia según se extienden las ideas liberales. Además, la importancia de los conflictos coloniales que se producen a partir de 1750 desarrolla la convicción de que los

Arriba, vista de Jartum, capital de Sudán, en el último tercio del siglo XIX. Abajo, la ciudad de Herat, en Afganistán, en la época en que británicos y rusos luchaban por su control (grabados de La Ilustración Española y Americana, *iluminados por E. Ortega)*

gastos equilibran peligrosamente los beneficios; en 1815, el interés económico de las colonias no es tan *evidente* como había sido antes. Por otro lado, las metrópolis se verán sacudidas por las ideas de emancipación mientras *descubren* la cruel suerte que están corriendo las poblaciones coloniales. Inglaterra, como la Francia revolucionaria, discute apasionadamente la legitimidad de la esclavitud y, como consecuencia, de todas las estructuras sociales coloniales. En fin, un mundo profundamente alterado por veinticinco años de revolución y guerra, considera que las turbulencias coloniales pueden favorecer la resurrección de un espíritu revolucionario que se teme no haber vencido de manera definitiva.

Hasta finales de los años 1870, la actividad colonial de Inglaterra eclipsa a la que desarrollan las otras potencias europeas. Bien es verdad que no existe monopolio colonial inglés, que Francia y Holanda manifiestan un gran dinamismo, pero la escala a la que actúan países como éstos aleja su experiencia de la que viven en estos años los británicos que avanzan sobre las *tierras vírgenes* y que con los Estados Unidos y Rusia, protagonizan un impresionante movimiento de expansión de la raza blanca. Así, y de manera paralela a la India, Australia, Nueva Zelanda, Canadá y Africa del Sur ven crecer su importancia mientras que las Antillas van perdiendo la que antes tenían. Africa, por su parte, sigue siendo sólo un lugar donde conseguir esclavos.

Entre 1789 y 1856 la dominación inglesa sobre el valle del Ganges va ampliándose con la conquista del sur de la península del Decán, de territorios que unen entre sí las dos zonas anteriores y de las regiones fronterizas con Birmania, con Afganistán y con el Tíbet.

La dureza y rapidez de la conquista británica estallará precisamente en 1857, cuando 300.000 soldados nativos del ejército de Bengala se levanten violentamente contra sus colonizadores, sumiendo a gran parte de la India en un baño de sangre que difícilmente pueden evitar los hombres de las fuerzas inglesas. La dura experiencia del *motín de los cipayos* llevará al Parlamento de Londres a dar por concluido el Gobierno de la Compañía de las Indias y a entregar al Gobierno de la Corona la responsabilidad de todos los asuntos de subcontinente. Por otro lado, y durante la primera parte del siglo XIX, Africa del Sur, Canadá, Australia y Nueva Zelanda continúan el proceso que hace de ellas colonias de poblamiento; pero precisamente la gran heterogeneidad de las poblaciones que reciben plantea su principal problema en estos años: el exceso de particularismos raciales y territoriales y la difícil evolución hacia entidades nacionales coherentes. Pero ya se trate de colonias tropicales, de la India o de colonias de poblamiento, la necesidad de mantener la comunicación con cada una de ellas exige a Inglaterra el desarrolo de otro tipo muy especial de colonias: los establecimientos comerciales y puntos de escala que se van añadiendo a las bases adquiridas en 1815 y que jalonan las rutas exenciales; las rutas que conducen a la India, Lejano Oriente y Australia, bien por el Mediterráneo, bien por el Cabo de Buena Esperanza.

La expansión colonial francesa no se distingue de la británica solamente por su diferente amplitud. Ya vimos que en 1815 Francia no era una potencia colonial aunque dispusiera de un conjunto de islas y factorías; en el caso francés no hay una dinámica colonial de los territorios anteriormente adquiridos ni una opinión interesada en los asuntos ultramarinos. En Francia, por tanto, la expansión colonial se nos aparece como un asunto político cargado muchas veces de indecisión e incoherencias. Argelia en el Mediterráneo Occidental; Costa de Marfil, Gabón y Dahomey en el Golfo de Guinea; Madagascar en la ruta a Oriente; Tahití y Nueva Caledonia en el Pacífico; Saigón en las cercanías del mercado chino; todos estos lugares señalan la dirección de las empresas francesas que, durante el II Imperio, se intensifican ampliando los objetivos hacia el Mediterráneo Oriental y hacia Hispanoamérica, dentro de una política aventurera en la que, junto al éxito de la apertura del Canal de Suez, se encuentra el ridículo internacional de la expedición a México.

1870. El viraje

Entre 1876 y 1914, aproximadamente la cuarta parte de la superficie del planeta fue distribuida o redistribuida en forma de colonias entre media docena de Estados. El Reino Unido incrementará sus posesiones en unos diez millones de kilómetros cuadrados, Francia en nueve millones, Alemania adquirirá más de dos millones y medio y Bélgica e Italia algo menos. Los Estados Unidos obtendrán unos 250.000 km^2 de nuevos territorios, fundamentalmente a costa de España; extensión similar conseguirá Japón a costa de China, Rusia y Corea. Las antiguas colonias africanas de Portugal se ampliarán en unos

750.000 km². España, que resultó un claro perdedor, adquirirá sin embargo algunos territorios de Marruecos y el Sahara Occidental. Más difícil es calibrar las anexiones imperialistas de Rusia, ya que se realizaron a costa de los países vecinos y siguiendo un proceso de varios siglos de expansión territorial; además, Rusia perderá algunas posesiones a expensas de Japón.

De los grandes países coloniales, sólo los Países Bajos no pudieron, o no quisieron, anexionarse nuevos territorios, limitándose a ampliar su control sobre las islas indonesias que les pertenecían formalmente desde hacía mucho tiempo. En cuanto a las pequeñas potencias coloniales, Suecia liquidará, vendiéndosela a Francia, la única colonia que conservaba, una isla de las Indias Occidentales, y Dinamarca actuará en la misma línea, conservando únicamente Islandia y Groenlandia.

Los últimos decenios del siglo XIX y los comienzos del siglo XX constituyen, pues, la edad de oro del imperialismo colonial. La colonización se convierte en *la gran aventura de los pueblos modernos,* aunque en realidad sea asunto de los gobiernos que integran las iniciativas privadas en sus diseños políticos mientras se mantiene la buena conciencia de la raza blanca, convencida de aportar *el progreso* al mundo entero. Al final, el mundo blanco se verá desgarrado por dos objetivos contradictorios: unirse para asegurar su supremacía, o dejar hablar a las ambiciones nacionales y hacer del éxito colonial un elemento fundamental del prestigio de cada Estado.

Lo que hace necesario encontrar alguna razón especial para el *nuevo* imperialismo es tanto su repentina reaparición como su preeminencia en la política de las potencias durante los años 1870-1914. Hasta 1870, las políticas nacionales y las opiniones públicas de la mayor parte de los países europeos habían sido hostiles hacia las colonias. En los años 1820 varios países, después de haber tenido un largo pasado colonial, habían perdido esas conexiones sin sufrir ninguna catástrofe económica. Había en Europa una opinión cualificada que dio la bienvenida a esos acontecimientos. Adam Smith consideró que las cargas del colonialismo eran más pesadas que los beneficios que proporcionaba. El radicalismo favoreció el *laissezfaire.* Bentham urgió a Francia para que emancipara sus colonias. El cobdenismo preconizó el libre comercio y la abolición de los privilegios comerciales. En 1861 Francia abrió a todas las naciones el comercio con sus colonias. Gladstone esperaba que todo el Imperio Británico terminase por disolverse y en 1853 Disraeli, que estaba en muy pocas cosas de acuerdo con Gladstone, hablaba de *esas miserables colonias que serán todas independientes en unos pocos años y que son ruedas de molino alrededor de nuestros cuellos.*

En 1868 Bismarck, que durante una década más se opondrá a una política colonial para Alemania, afirma que *todas las ventajas que se reclaman para las metrópolis son en su mayor parte ilusorias* y, de acuerdo con ello, considera que *Inglaterra está abandonando su política colonial: encuentra que es demasiado costosa.* Pero Bismarck estaba equivocado; sólo cuatro años después, en 1872, Disraeli anunciará su conversión a una política de consolidación imperial y de expansión mientras la opinión pública cambia abruptamente. El coro de anticolonialismo anterior a 1870 resulta raro como *preludio* de una era de febril reparto colonial. No es extraño que desde entonces busquemos la explicación de un giro tan extraordinario.

Pero como lo más espectacular no es necesariamente siempre lo más importante, cuando los observadores del panorama mundial de finales de la década de 1890 comenzaron a analizar lo que parecía ser una nueva fase de la Historia, tan distinta de la fase liberal de mediados del siglo dominada por el libre cambio y la libre competencia, consideraron que la creación de los Imperios coloniales era simplemente uno de sus aspectos. Para los observadores ortodoxos se abría una nueva era de expansión nacional en la que parecía difícil separar con claridad los elementos políticos y económicos y en la que el Estado desempeñaba un papel cada vez más activo y fundamental en los asuntos internos y externos.

Los observadores heterodoxos analizaban la nueva época considerándola una nueva fase del desarrollo capitalista. El más influyente de esos análisis del fenómeno que pronto se conocería como *imperialismo,* el folleto de Lenin de 1916, *El imperialismo, fase superior del capitalismo,* no analizaba *la división del mundo entre las grandes potencias* hasta el sexto capítulo de los diez de que constaba.

En cualquier caso, aunque el colonialismo apareciera como un aspecto —por muy importante que fuese— de un cambio más generalizado del mundo, el colonialismo era, sin duda, el aspecto más visible y constituyó el punto de partida de análisis más amplios; el término *imperialismo* se incorporará al vocabulario político y periodístico durante los años

1890 en el curso de los debates sobre la naturaleza de la conquista colonial.

Los debates sobre la naturaleza de este *nuevo imperialismo* son densos, apasionados y muchas veces confusos porque en su mayor parte se han centrado en el marxismo y no en lo que sucedió en el mundo entre 1875 y 1914. No debemos olvidar que el análisis del imperialismo realizado por Lenin se convertirá en un elemento central del marxismo revolucionario de los movimientos comunistas a partir de 1917 y que el término *imperialismo* adquirirá gradualmente una connotación muy peyorativa, lo que parecía dar una cierta ventaja a los sectores *antiimperialistas* representados por dicha interpretación del fenómeno colonial.

Para entender la controversia debemos darnos cuenta de que el punto central del análisis leninista —que se apoyaba claramente en un conjunto de autores contemporáneos, tanto marxistas como no marxistas— era que el nuevo imperialismo tenía raíces económicas en una nueva fase específica del capitalismo que, entre otras cosas, habría conducido a la división territorial del mundo entre las grandes potencias capitalistas y al estallido de las rivalidades producidas por dicho reparto, que se presentaba, por tanto, como la causa principal de la Primera Guerra Mundial.

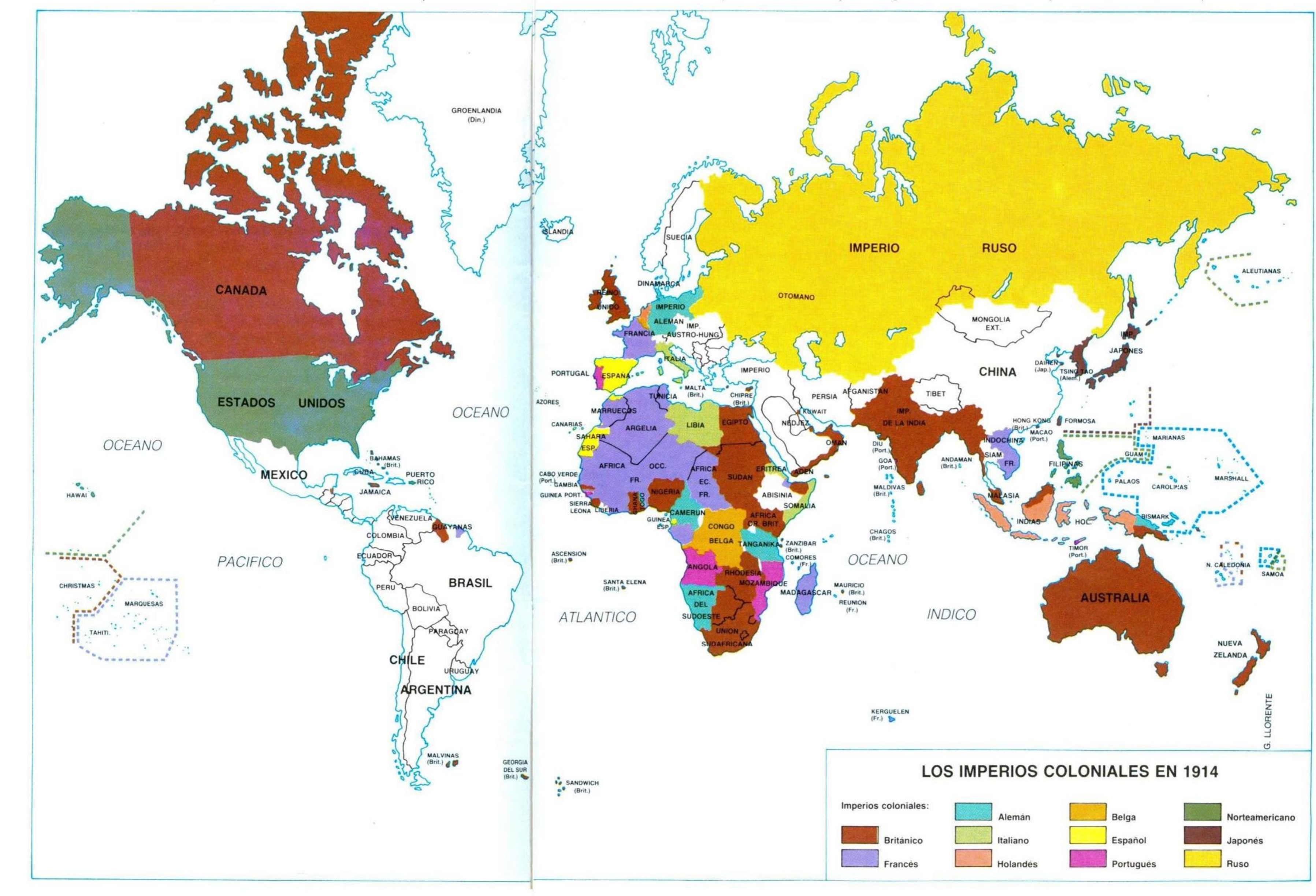
Pero Lenin no era en 1916 un simple analista heterodoxo de lo que estaba ocurriendo, que se podía rebatir integrando alguna de sus aportaciones en un análisis más satisfactorio; Lenin era un revolucionario a punto de convertirse en el líder de la revolución comunista mundial; no será siempre posible mantener el debate sobre la naturaleza de aquel imperialismo al margen de la durísima lucha —comunismo *versus* liberalismo— que caracterizará la mayor parte de la historia del siglo XX.

La formación de una economía mundial

Para entender mejor la naturaleza del llamado imperialismo colonial conviene plantear su relación con el proceso general histórico antes de preguntar por la causa de aquel específico reparto del mundo en forma de colonias.

Si el concepto de *época contemporánea* referido al tiempo histórico que abarca algo más de los dos últimos siglos tiene un sentido más profundo que el formalmente académico, posiblemente ese sentido se encuentre en el valor de una línea que lo atraviesa y distingue: la transformación de una economía tradicional agraria en una sociedad urbana cuyos pilares se encuentran en la tecnología de las máquinas, proceso histórico que tiene su primera expresión en la Inglaterra del último cuarto del siglo XVIII.

Pero la transformación de la economía inglesa, por medio de la aplicación de técnicas y formas de organización del capitalismo industrial, sólo pudo ocurrir como parte inte-



grante de un movimiento de alcance mundial; las necesidades de suministro de materias primas y mercados de una economía en trance de industrialización produjo una nueva línea divisoria entre ella y las regiones predominantemente agrarias, y, más tarde, entre ella y los otros países industrializados. La creación de un mercado mundial alteró profundamente las bases de todas las sociedades existentes potenciando grados y formas muy diversas de desarrollo.

Las diferencias de niveles técnicos y económicos entre los países económicamente desarrollados y aquellas áreas del globo caracterizadas por economías tradicionales agrarias, y a menudo primitivas, condujo a la dependencia económica de estas últimas; aquellas regiones que asistieron al nacimiento de la industria moderna, regiones habitadas por europeos, se convirtieron en áreas dominantes durante toda una época de la historia.

Es necesario tener en cuenta que, a medida que cada país empezó a sentir el impacto de la revolución industrial, comenzó a tomar forma lo que podría llamarse su fisonomía económica nacional; debe darse una importancia considerable a las estructuras y tradiciones nacionales. El nacionalismo, especialmente en el periodo que siguió a la Revolución Francesa, se constituyó en una de las grandes fuerzas de la historia europea. Sobre la base del proceso industrializador se formaron nuevos Estados nacionales y los antiguos Estados dinásticos adquirieron una nueva naturaleza. En el seno de estos Estados se desarrolló una clase media comerciante e industrial y en ella encontró su más fuerte expresión la conciencia de identidad nacional.

El nacionalismo, lo mismo que el liberalismo, fueron alimentados por el crecimiento económico; la industria moderna nació dentro de los límites del Estado nacional. En el mismo momento en que las mejoras de las comunicaciones y del transporte parecían reducir los límites del mundo y los Estados quedaban cada vez más implicados en la división internacional de la producción, se hizo más aguda la identificación de los intereses de la ascendente burguesía industrial y comercial con el Estado-Nación; correspondía al Estado proporcionar un clima favorable para las actividades de sus negocios en el país y promover sus intereses frente a los de sus rivales extranjeros.

Pero la formación de la economía mundial no explica por qué los principales Estados industriales iniciaron una carrera para dividir el mundo en colonias y esferas de influencia. El argumento más conocido del análisis marxista, la presión del capital para encontrar inversiones más favorables que las que se podían realizar en el interior del país, inversiones seguras que no sufrieran la competencia del capital extranjero, es el menos convincente. Tiene más peso el argumento de la búsqueda de mercados.

No hay duda de que la inmensa mayoría de los hombres de negocios de la época de la *gran depresión* consideraba que el problema de la *superproducción* podría solucionarse a través de un gran impulso exportador. Sobre esta base, el hecho fundamental sería que la situación económica general favoreciera la existencia de una serie de economías desarrolladas que experimentarían, de forma simultánea, la misma necesidad de encontrar nuevos mercados.

A partir de aquí, el imperialismo colonial se nos muestra como producto de una economía internacional basada en la rivalidad de varias economías industriales competidoras. Pero por muy importantes que sean las fuerzas económicas para explicar el nuevo imperialismo de una manera general y global, no pueden explicar, por ejemplo, por qué Francia, uno de los países del occidente europeo menos industrializado, fue uno de los primeros en tomar la senda de la expansión colonial por Argelia, Senegal e Indochina; tampoco se explica por qué, tras 1870, fueron los líderes republicanos Jules Ferry y Léon Gambetta los que tomaron la iniciativa de una nueva expansión en Túnez y Tonkín a pesar de la gran impopularidad de esa expansión entre la opinión pública francesa.

Rivalidad de las potencias

Por otra parte, tampoco conviene olvidar que los sectores financieros y comerciales británicos eran conscientes de que el comercio con Estados Unidos se había incrementado a partir de que este último Estado alcanzase la independencia, que la emigración hacia los independientes Estados Unidos había sido mayor que hacia los territorios que permanecieron bajo el control británico, y que los ferrocarriles argentinos habían ofrecido oportunidades a los inversores británicos tan interesantes y atractivas como los ferrocarriles indios. Por su parte, la penetración económica de Alemania en la Europa del Este, los Balca-



Los soberanos ashanti —actual Ghana— rinden homenaje a los representantes de la Corona británica a finales del siglo XIX (La Ilustración Española y Americana)

nes y el Imperio Otomano fue especialmente efectiva sin que ninguno de esos territorios se convirtiera en colonia alemana.

No tiene pues ningún sentido que pensemos que todas y cada una de las nuevas colonias, por las que tanto pelearon las grandes potencias de la *época del imperialismo,* fueron conquistadas con la idea de hacer de ellas un *Dorado.* Las colonias podían ser simplemente bases adecuadas para la penetración económica, puntos estratégicos de un diseño más amplio o símbolos de un *status* de gran potencia que se defendía o que se ambicionaba. Una vez que las potencias rivales comenzaron a dividirse el mapa de Africa o de Asia, cada una de ellas intentó evitar que una porción especialmente atractiva de aquellos territorios pudiera ir a parar a manos de las demás.

Así, una vez que el *status* de gran potencia se asoció con el hecho de hacer ondear la bandera sobre una playa bordeada de palmeras o sobre extensiones de maleza seca, la adquisición de colonias se convertirá, con independencia de su valor real, en un símbolo de *status.* Es decir, lo verdaderamente importante es que los europeos empezaron a creer que la posesión de un Imperio colonial era un signo esencial de la condición de gran potencia. Un país fuerte tenía que tener colonias y las colonias hacían fuerte a un país. Este sentimiento lo tendrán los británicos y lo tendrán las naciones continentales de manera especialmente intensa, como consecuencia de los resentimientos nacionales y las frustraciones que siguen a los cambios del equilibrio de poder producido tras 1870.

Estados que no pueden esperar extenderse por Europa, pueden conseguir amplios territorios fuera de ella. Francia podría compensar su pérdida de posición y prestigio con su actividad colonial en Africa y Asia. El parón de los ejércitos rusos en el Cercano Oriente producido en el Congreso de Berlín contribuirá a afianzar su deseo de extender su poder en Asia Central y Lejano Oriente. Pero el colonialismo agudiza las relaciones de fuerza y de rivalidad entre Estados cuando uno de ellos toma posesión de un territorio deseado por otro. En este sentido, la ocupación británica de Egipto en 1882 abre un periodo de malas relaciones anglo-francesas: el sueño francés de controlar el Africa Ecuatorial se hunde con la esperanza británica de asegurar sus comunicaciones entre El Cairo y El Cabo. La *arrebatiña por Africa* presenta, de una forma muy particular, un magnífico

ejemplo de competición entre Estados por consideraciones de prestigio y consecución de ventajas.

También algunos ideales y algunas necesidades psicológicas propias de la época sostienen a este *nuevo imperialismo*. Las actividades de exploradores y aventureros, de sociedades anti-esclavitud y de misiones cristianas, proporcionan un fuerte impulso a los movimientos coloniales. Entre los grandes misioneros y exploradores se encontrará David Livingstone, enviado por la Sociedad Misionera de Londres, que desde 1849 realiza tres largos viajes a través del interior desconocido de Africa, y el cardenal Charles Lavigerie, que conduce al interior de Africa Oriental a los Hermanos Blancos franceses. A hombros como éstos siguen evangelizadores, maestros y doctores, y sus relatos muchas veces incluyen peticiones urgentes a sus gobiernos para que se anexionen los territorios en los que trabajan en tan precarias condiciones y les ayuden a combatir el tráfico de esclavos, las guerras tribales y otros males.

Sus súplicas se encontrarán con la respuesta de aquellos que si bien no comparten su celo por extender los beneficios del Cristianismo en ultramar, aceptan, sin embargo, la común creencia de que era obligación de los pueblos europeos *tomar sobre sí la carga del hombre blanco,* emprender *la misión civilizadora* y llevar a las regiones atrasadas los beneficios de la civilización contemporánea a través de una legislación eficiente y justa.

No debemos pasar por alto otro dato fundamental, el *control* colonial fue iniciado por un relativamente pequeño grupo de hombres que ocuparon una posición que les permitió actuar con gran independencia. Las comunicaciones no permitían a los gobiernos dirigirles con firmeza y pudieron disfrutar de gran iniciativa cuando la ambición o el entusiasmo les llevaba a actuar. Por ejemplo, Frederick Lugard, actuando en nombre de la Compañía del Africa Oriental Británica en 1890, asegura el control de Uganda, que fue anexionada por Inglaterra cuatro años después. Joseph Gallieni, soldado francés, contribuyó decisivamente al desarrollo de la política que llevará a Francia a ocupar Indochina en 1885. El conde Muraviev, gobernador general de la Siberia Orienta, animará la expansión rusa durante los años 1850 con el resultado final de la ocupación de la isla Sajalin y del archipiélago de las Kuriles.

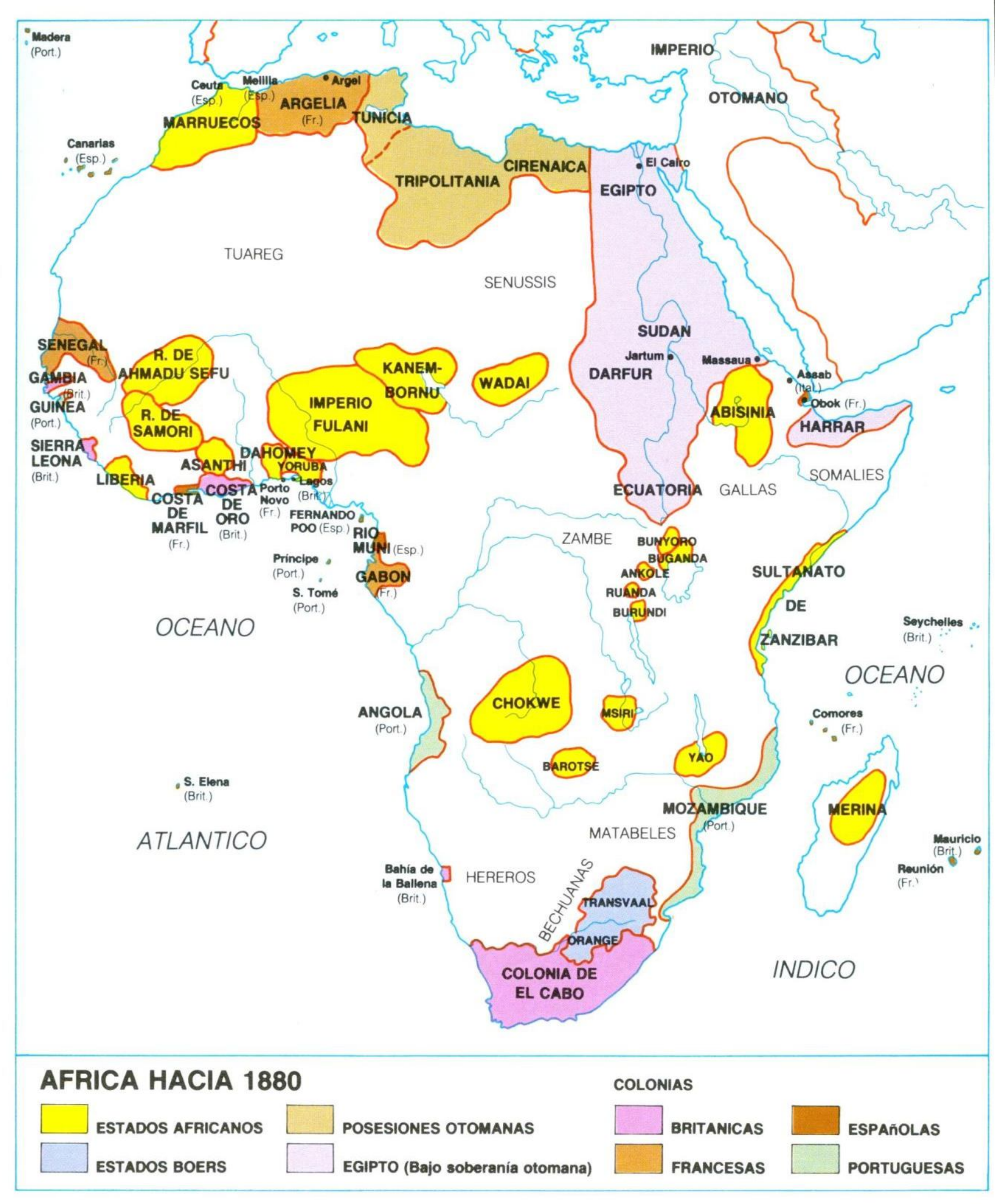
Por último, a finales del siglo XIX, a las tres principales grandes potencias europeas del nuevo imperialismo —Reino Unido, Francia y Rusia— se unen otras dos: Alemania e Italia que, por tanto, siempre considerarán que *han llegado tarde al reparto*. Durante mucho tiempo Bismarck habría insistido en que Alemania debía concentrarse en la salvaguardia de su seguridad, desarrollando sus recursos sin aventurarse en esquemas ultramarinos. Consideraba que la necesidad suprema del nuevo Imperio Alemán era consolidar su posición en el Continente. Sin embargo, en los años 1880 empieza a cambiar el sentimiento nacional alemán, que cada vez reivindica con más fuerza el derecho a disfrutar *un lugar bajo el sol* de las potencias mundiales, es decir, coloniales.

En 1884, Bismarck da vía libre a esa demanda de colonias para fortalecer su posición política y debilitar la de los progresistas que se oponen a ellas; también tiene muy en cuenta consideraciones europeas, ya que intenta agrandar las diferencias anglo-francesas provocadas por el control británico de Egipto en un momento en que teme la próxima llegada al trono alemán de un príncipe heredero que considera *enfeudado* a Inglaterra.

El Imperio ultramarino alemán adquirido por Bismarck estaba formado casi enteramente por grandes áreas africanas, pero los alemanes hicieron muy poco para desarrollar su economía o para favorecer la inversión en ellas. En 1914 estas colonias no tenían más de unos 5.000 colonos alemanes y recibían del Gobierno imperial un conjunto de subsidios que suponía seis veces la cantidad producida por los beneficios obtenidos.

Italia fue también un Estado conducido a la aventura colonial por consideraciones europeas de poder y prestigio. Tras la unificación nacional, Roma mantenía la reivindicación territorial del Trentino, en el sur del Tirol, y de la península de Istria así como otros puntos en la costa de Dalmacia, pero, además, deseaba ganar territorios en Africa.

La ocupación francesa de Argelia en 1830 había causado a Italia un fuerte resentimiento que se incrementó poderosamente cuando ese mismo antagonista ocupó Túnez en 1881. El Gobierno italiano se desquitará tomando posesión de la bahía de Assab, en la costa occidental del Mar Rojo, un año después de la ocupación francesa de Túnez. Tres años más tarde, Italia ocupa también el punto de Marsowah en la misma costa. A partir de estos puntos de apoyo, las fuerzas italianas fueron penetrando en el interior y, en 1889, asentamientos italianos quedaban consolidados en Eri-



Cinco años antes de que la Conferencia de Berlín repartiese Africa, los europeos controlaban numerosos puntos costeros. Desde ellos se había realizado el tráfico de esclavos y ahora eran florecientes factorías y avanzadas de la colonización. En abierta competencia con ellos, los comerciantes musulmanes penetraban en el interior del continente y formaban sus propios Estados. La lucha entre ambas fuerzas decidiría el destino de Africa.

trea mientras que se proclamaba el protectorado italiano sobre una parte de la costa de Somalia. La debilidad de esta política colonial quedará de manifiesto cuando los italianos deban de hacer frente al desastre de Adowa en 1896.

En resumen, dentro del proceso de formación de una economía, por primera vez verdaderamente mundial, el aspecto más nuevo del *nuevo imperialismo* está constituido por el reparto de dos continentes —Africa y Asia— despiezados en forma de colonias. Como se trata de las únicas grandes áreas del globo que no habían caído bajo la influencia europea antes de 1870, las décadas que van de 1870 a 1914 verán cómo se completa, con gran rapidez, la expansión de la influencia europea sobre el conjunto de la Tierra y cómo el proceso se consuma en una época, por ello, muy especial, en la que el realismo, la crueldad y las rivalidades de los Gobiernos de los Estados nacionales europeos serán excepcionalmente grandes.

Una época, por consiguiente, que tendrá un carácter especialmente autoritario e implacable, rompiendo cualquier obstáculo, ambiciosa y agresiva. Pues bien, esta cualidad proviene tanto de la naturaleza de la política europea como de las necesidades del desarrollo económico europeo. No había una organización internacional capaz de ejercer un control efectivo sobre la *arrebatiña* de los territorios que las grandes potencias ambicionaban ahora.

La desnuda política de poder del nuevo imperialismo fue la proyección, sobre la pantalla ultramarina, de las posiciones y rivalidades entre los Estados de Europa. Es esta combinación de nuevas condiciones económicas con relaciones políticas cada vez más anárquicas la que puede explicar mejor, a mi entender, la naturaleza del nuevo imperialismo. Pues bien, para comprender mejor esas relaciones internacionales que proporcionan tantas claves de la política colonial, conviene que nos detengamos en el análisis del sistema del *Concierto de Europa* que domina la mayor parte de la historia del siglo XIX.

Los límites del «Concierto de Europa»

No es fácil concretar la naturaleza del *Concierto de Europa* porque la mayor parte de sus éxitos se basaba en actitudes —en disposiciones de ánimo— que conducían a una diplomacia moderada al servicio de unos objetivos moderados; lo que interesa es entender que esas actitudes suponían una muy determinada respuesta al hecho fundamental de toda política internacional, la distribución del poder. La dramática experiencia de la aventura napoleónica desarrolló por todas partes la noción de que no sólo debería haber una igualdad básica entre cinco grandes potencias —Inglaterra, Rusia, Austria, Prusia y Francia—, sino que, además, esto había sido así antes de que lo interrumpiera Napoleón y, lo que es fundamental, que era deseable que esa situación de equilibrio se mantuviera en el futuro.

La defensa del *statu quo* representaba, de esta manera, la política más sabia. Pues bien, si en los primeros años después del Congreso de Viena esta política se expresó de una manera muy rígida, después, la defensa del *statu quo* fue redefinida como el acuerdo general de no permitir cambios en una situación existente —un tratado— sin el consentimiento de las potencias signatarias; esto es, no se aceptarían cambios que no pasasen por un nuevo acuerdo negociado generalmente en una reunión colectiva.

El *Concierto de Europa* se apoyaba en una segunda noción igualmente fundamental —para entender su naturaleza y para poder relacionarlo con el colonialismo— la noción de que las normas de moderación comúnmente aceptadas —esto es, el *Concierto*— sólo afectaban a un área determinada: *Europa*. No debemos olvidar que nos encontramos ante un sistema internacional que tiene su *núcleo* en el viejo continente y que *disfruta* de un amplísimo *entorno exterior* formado por el restc de la geografía mundial y que podía proporcionar al sistema no sólo nuevos recursos sino también fuerzas de resistencia, apoyo y sustitución. La importancia de ese entorno puede entenderse bien si recordamos la insistencia de Rusia en 1815 para que la parte europea del Imperio Otomano no quedase incluido en el área del *Concierto* y la reacción británica a todo planteamiento internacional sobre el futuro del Imperio español en América.

Pues bien, estos dos factores —el equilibrio entre cinco grandes potencias y la existencia de una determinada área donde funciona el compromiso de moderación, serán destruidos a la vez por la misma razón: la difusión del proceso de avance tecnológico en la mayor parte de las sociedades desarrolladas, cuyas principales consecuencias son una profunda alteración de las bases del poder y un profundo cambio en la naturaleza del Estado.

Bismarck, uno de los políticos más poderosos e influyentes de su tiempo y uno de los que contribuyó a la formación del colonialismo europeo del último tercio del siglo XIX

No resulta aventurado considerar que fue la habilidad tecnológica alemana lo que permitió su ascenso y, como consecuencia, puso fin a la igualdad entre los grandes Estados. Al mismo tiempo, la revolución de los transportes y de las comunicaciones llevó al colapso a la noción de *área definida;* el sistema fue perdiendo los límites que separaban su *núcleo* de su *entorno exterior,* y las potencias europeas se fueron viendo envueltas en asuntos sobre los que no eran capaces de ejercer el control suficiente.

De esta manera, la destrucción del *Concierto de Europa* puede explicar de manera satisfactoria decisiones políticas como las que llevan a tantos Estados europeos a precipitarse sobre Africa y Asia, sobre todo si las consideramos como un aspecto de la frenética búsqueda de seguridad que protagonizan unos Estados que reconocen —o simplemente intuyen— los efectos de la desaparición de la genuina seguridad colectiva que les proporcionaba el viejo sistema.

Desde hace algún tiempo los historiadores han empezado a reducir la importancia de los asuntos no-europeos en la historia de la política internacional del siglo XIX. Estos asuntos, que durante mucho tiempo han sido presentados en términos de rivalidades en Africa o en Asia, son tratados ahora por muchos autores como indicadores significativos de otros factores más esenciales. Sin embargo, puede ser erróneo reducir el énfasis puesto en cuestiones no-europeas y fortalecer, todavía más, la visión europeocéntrica que tenemos de esas zonas del mundo. Y puede ser erróneo porque, por ejemplo, sabemos que los acontecimientos que se suceden en el Lejano Oriente a finales del siglo XIX son acontecimientos fundamentales para la historia del sistema internacional, no sólo porque afectan a las grandes potencias que actuaban en esa zona sino, sobre todo, porque son fundamentales para el desarrollo de una dinámica histórica que las grandes potencias no terminan de controlar y que tendrá consecuencias determinantes sobre el colapso del *Concierto de Europa.*

Parece pues conveniente que consideremos a Africa y Asia —la geografía del colonialismo entre 1870 y 1914— en relación con su condición de zonas pertenecientes al entorno exterior del sistema europeo y, por lo tanto, separadas de la *zona europea* donde operaban las reglas del *Concierto de Europa.* No olvidemos que sin esta diferencia entre *núcleo* y *entorno,* ni Inglaterra ni Rusia hubieran aceptado la idea de que las relaciones de poder entre las cinco grandes potencias eran equilibradas y que, por lo tanto, debían apuntalar el sistema internacional. Por la misma razón parece también conveniente que el reparto de esos continentes sea considerado en relación con el problema que se plantea cuando, como resultado de los cambios en la distribución del poder, parece necesario ampliar el núcleo del sistema y llevar al hasta entonces entorno exterior los beneficios del *Concierto.*

Visto desde este ángulo, parece que hay tres ocasiones en el siglo XIX en que se plantea el problema de redefinir el área del *Concierto de Europa* y que el fracaso de las potencias para hacerlo en la tercera ocasión fue un elemento fundamental de su colapso final. Las tres ocasiones fueron la guerra de Crimea y el subsiguiente acuerdo de la Paz de París de 1856, el reparto de Africa de mediados de los años 1880 y la crisis del Lejano Oriente de 1895-1905. La naturaleza de estas tres crisis fue diferente; sólo la primera y la última comparten un origen similar: el colapso de un Imperio previamente existente. En el primer caso se logró con éxito una solución que integró al Imperio otomano en las reglas del *Concierto;* en el segundo caso, las potencias llegaron a una solución de reparto sólo después de sortear peligrosas dificultades; en el tercer caso las potencias no encontraron una solución satisfactoria.

Expansión y reparto: el norte de Africa

La conquista francesa de Argelia se encuentra entre las primeras adquisiciones coloniales europeas tras las guerras napoleónicas. La zona del norte de Africa formaba parte, al menos en el plano jurídico, del Imperio Otomano; en realidad, cada una de las viejas demarcaciones se habían convertido en Estados virtuales independientes bajo autoridades locales que con sus actividades piráticas ponían en peligro las comunicaciones marítimas de los Estados europeos. Precisamente, los repetidos ataques a barcos franceses fueron el argumento utilizado por el Gobierno de París para justificar el envío de una flota en 1830 que bombardeó el puerto de Argel antes de dejarlo totalmente sometido. Esta acción fue seguida por el envío de un cuerpo expedicionario que penetró en el interior.

Aunque Argelia fue finalmente anexionada en 1842, la conquista del territorio será acometida por Luis Felipe apoyándose en el Ejército, con poco entusiasmo por parte de sus ministros y de la opinión; pero hasta 1871 los franceses no empezaron a disponer a su antojo de hombres y tierras con la introducción de colonos alsacianos; los levantamientos producidos por la nueva política colonial darán lugar a nuevas confiscaciones de tierras que se entregarán a nuevos colonos. A pesar de todo, habrá que esperar otros 53 años para que toda Argelia quede perfectamente colonizada.

El compromiso francés en Argelia condujo casi *inevitablemente* al interés francés por Túnez. Durante el II Imperio se produjo una fuerte penetración económica, de tal manera que la mayor parte de sus líneas de ferrocarril, telégrafos y otras obras públicas quedaron en manos francesas, llegando a poseer las cinco sextas partes de la deuda contraída por el Gobierno del Bey. La incompetencia y corrupción de la Administración tunecina favorecía la intervención *internacional.*

En el año 1878, durante la reunión del Congreso de Berlín, tanto Salisbury como Bismarck animan a Francia para que ocupe Túnez. El Gobierno británico quiere ganarse el apoyo francés para su política en el Mediterráneo Oriental; el Gobierno alemán buscó, sobre todo, distraer a Francia de su obsesión por la frontera del Rin. En un primer momento el Gobierno francés se detiene: no desea sumar riesgos a los problemas causados por los levantamientos de las tribus argelinas.

Sin embargo, en 1881 la situación cambia, ahora es en Túnez donde los disturbios son más peligrosos; la colonia italiana, la más numerosa en el Belayato, pide el Gobierno de Roma una acción contundente; Jules Ferry, el primer ministro francés, presionado por el Ejército y el Ministerio de Exteriores, que consideran peligrosa la presencia de una potencia europea en la frontera de Argelia, toma la decisión de intervenir a fondo. El pretexto será la entrada de tribus tunecinas en Argelia. El envío de una fuerza expedicionaria contra Túnez concluirá con la proclamación de un nuevo protectorado francés que si bien ha costado relativamente poco, levanta voces en contra de *una guerra innecesaria.*

Las dudas de la política colonial francesa se harán notorias poco después, cuando un incipiente en el Mediterráneo oriental las coloque frente a la más decidida política colonial del Reino Unido. Las dificultades económicas del extravagante Jedive de Egipto van a permitir, en 1875, al Gobierno británico que preside Disraeli, hacerse con un importante paquete de acciones de la Compañía del Canal de Suez y colocarse en una posición de práctica igualdad con los intereses franceses que habían protagonizado, hasta entonces, la presencia europea en esta importante región.

La compra de las acciones, por supuesto, no resuelve los problemas del Jedive que, un año después, suspende sus pagos. En 1878 los Gobiernos de Londres y París establecen



Destrucciones e incendios en Alejandría durante el bombardeo británico del 11 de julio de 1882, previo al desembarco que terminaría con la independencia real del país (grabado de La Ilustración Española y Americana)

un control conjunto sobre las finanzas egipcias para salvaguardar sus intereses. En 1881, el riguroso pago/cobro de la deuda estalla en una crisis social y en un levantamiento protonacionalista contra el que, en 1882, Londres y París preparan una flota que envían a Alejandría. Pues bien, es en este preciso momento cuando interviene la Cámara de los Diputados francesa que no desea asumir el riesgo de una guerra en Egipto, que obliga a su Gobierno a retirar sus barcos de Alejandría y que finalmente permite que sean los británicos los que ocupen el país. La defensa del Canal de Suez y la revuelta que estallará pronto en el Sudán conducirán a la intervención militar de 1898 que reconquista el valle del Nilo y que conduce a Fashoda, y al establecimiento de un protectorado de hecho británico sobre toda la zona.

La opinión francesa verá la ocupación británica de Egipto como una humillación nacional. Francia se sentía *asociada* a Egipto desde la campaña napoleónica, una compañía francesa había abierto el Canal de Suez y, sin embargo, se había permitido a los ingleses establecer un protectorado. El resentimiento causado por la solución de esta crisis fortalecerá un nuevo imperialismo francés y pondrá en marcha la idea de una agresiva política colonial en Africa. La principal presión actuará, en la Cámara de Diputados, a través de un grupo liderado por el *argelino* Eugénie Etienne, y en el país, a través del Comité del Africa Francesa. En 1890, Francia realizará importantes ganancias en el Sahara y pondrá las bases de su Imperio en el Africa Ecuatorial.

El Africa subsahariana

Para los europeos del siglo XIX, Africa era un *continente oscuro* cuyas costas habían sido profusamente visitadas durante siglos pero cuyo interior se mantenía férreamente cerrado con la excepción de algunos pasillos fluviales. Los británicos tenían las colonias del Cabo y Natal en el sur, un cierto número de pequeños establecimientos coloniales desde Gambia al delta del Níger en la costa occidental y mantenían relaciones con el sultán de Zanzíbar en el este. Los franceses se habían establecido en Argelia y Túnez en el norte, habían dispersado puestos comerciales desde Sene-

gal a Gabón, en la costa occidental, y en Madagascar e Islas Comoro, en la oriental. Portugal reclamaba, apoyándose en su larga presencia desde los siglos XVI y XVII, Angola y Mozambique, pero su dominio real sobre estas dos colonias se había hundido durante el XVIII. Pero incluso en estas pocas zonas, la presencia europea se limitaba a unos fuertes costeros y a unos puertos comerciales en general implicados en la trata de esclavos. Excepto los misioneros y los exploradores, y los *boers* en el sur, nadie se había movido hacia el interior del continente.

Pero mientras en 1875 sólo una décima parte de Africa aparecía como gobernada por europeos, en 1900, menos incluso de la décima parte aparecerá gobernada por africanos. Sólo Liberia, Marruecos, Tripolitania, Cirenaica y Abisinia permanecían independientes. Africa fue el último continente que atrajo la atención de los europeos, pero cuando esta atención se concentró en él, la supremacía tecnológica y organizativa les aseguró una conquista rápida y completa. El primer impulso hacia la *arrebatiña de Africa* vino del gobernante de un país que no tenía ambiciones coloniales. El rey Leopoldo II de Bélgica, cuya ambición y energía desbordaban los límites de un pequeño país cuyos ministros se negaban a protagonizar aventuras coloniales, encontró como *hombre de empresa* el camino hacia un verdadero imperio colonial personal en el valle del río Congo.

La amplitud y la situación de los dominios de Leopoldo II dieron pronto lugar a un conjunto de reclamaciones y contra-reclamaciones de las otras potencias que podían tener intereses en el centro de Africa. El explorador francés Pierre de Brazza había viajado por la orilla norte del Congo en 1880 y en 1882 la Cámara de Diputados se anexionó formalmente la zona. Los portugueses, por su parte, habían renovado su interés por Angola y en 1884 los británicos reconocen su reclamación sobre la montañas del Congo con la intención de contener tanto a Francia como a Leopoldo II. Esta fue la situación que permitió a Bismarck intervenir; desde finales de 1884 a comienzos de 1886 reclamará territorios en Africa occidental, en Africa suroccidental, junto a la Colonia del Cabo, y en Africa oriental, en el territorio continental del sultán de Zanzíbar.

Estas acciones no suscitaron la hostilidad de Inglaterra, que estaba muy ocupada con la cuestión egipcia y que no deseaba adquirir más territorios. La principal respuesta vino de Francia que, en realidad, había abandonado Costa de Marfil y que en 1880 estaba considerando abandonar Dahomey y Gabón; las reclamaciones de Leopoldo II relanzan ideas colonialistas que considerarán las ventajas de unir esas posesiones con el alto va-



lle del Congo mientras que oficiales franceses empiezan a establecer tratados con los jefes nativos del bajo valle del Níger. La nueva política francesa supone un riesgo para el comercio costero británico; los comerciantes británicos exigen de Londres una política más activa que culminará en una fuerte competencia franco-británica en el valle del Níger, que se une a la que venía desarrollándose en el valle del Nilo.

A estas alturas nuevos acontecimientos se vienen a sumar para favorecer la expansión. La penetración económica europea estaba extendiendo una fuerte inestabilidad por todo el continente; ni las economías tradicionales ni las sociedades tribales podían permanecer estables, sobre todo en los años 1880 y en la zona costera occidental. Los antagonismos sociales y las crisis locales suponen un riesgo para el comercio europeo y, paradójicamente, proporcionan un nuevo argumento para recomendar el paso de la penetración económica al control político.

Bismarck intenta sacar ventajas de la incierta situación proponiendo la reunión de una conferencia internacional que definiera los límites de la expansión europea en Africa. La Conferencia se reunirá en Berlín desde noviembre de 1884 a febrero de 1885 y contará con la presencia de las representaciones de 15 gobiernos. El canciller alemán intenta que la conferencia se transforme en un movimiento anti-británico, pero Londres se pone de acuerdo con París para resolver todas sus diferencias en Africa central. Finalmente, la Conferencia reconoce al Estado del Congo y le proporciona una salida al mar por el norte del territorio portugués de Angola, mientras Francia acepta limitar su control a la región que rodea a Brazzaville en la orilla norte del Congo. El control del bajo Níger se entrega a Inglaterra y el del alto Níger a Francia. Bismarck deseaba que la Conferencia aceptase la idea de una división formal de las áreas disputadas entre las potencias; el canciller afirmaba que de esa manera se evitarían las fricciones internacionales.

Sin embargo, la Conferencia se inclinó por otra fórmula: en el futuro, las reclamaciones territoriales sobre áreas africanas dependerían de la *ocupación efectiva,* lo que en realidad venía a relanzar la actividad colonial de todos los que no querían verse desplazados.

Los franceses se mueven hacia el sur desde sus posesiones mediterráneas y hacia el este desde Senegal, en la costa occidental, donde se establecieron en el siglo XVII. Hacia



Arriba, retrato del general Gordon, defensor de Jartum frente a los ataques del Mahdi y muerto durante la toma de la ciudad. Abajo, el general italiano Baratiere, jefe de las tropas italianas en Adua (grabados de La Ilustración Española y Americana, *coloreado por E. Ortega)*



1890 dominaban un vasto *hinterland* del Africa occidental desde el Ecuador al Mediterráneo. En el otro lado de Africa, los franceses adquieren una base en Somalia, al sur del Mar Rojo y separada de su *Imperio* por Sudán y Abisinia. A partir de esta situación, era lógico que la ambición colonial francesa se centrase en conseguir una zona que pusiera en comunicación su nueva adquisición con sus demás territorios; su avance, desde las costas del Atlántico, sobre Sudán con dirección al Indico, conduce también a Francia a un peligroso conflicto con Inglaterra.

En la costa occidental, los franceses avanzan dentro de Guinea, Costa de Marfil y Dahomey. Los británicos consolidan su posición en Gambia, Sierra Leona y Costa de Oro. Como las nuevas colonias francesas enlazan con otros territorios franceses, aquí encontramos otra fuente para el conflicto colonial franco-británico, ya que las colonias inglesas quedan aisladas y el Gobierno de Londres contraataca en 1886 extendiendo su poder sobre Nigeria, donde la Real Compañía del Níger actuaba contra el cerco francés y alemán. Desde el océano Indico, los ingleses se mueven hacia el sur, asegurándose parte de Somalia en 1884 y el Africa oriental británica (Kenya) el año 1885. La Compañía Imperial Británica del Africa oriental se interna en la región de Uganda, que será anexionada por Inglaterra en 1894 tras varios años en los que los conflictos entre el *partido inglés* y el *partido francés* serán resueltos expeditivamente por Lugard.

Los británicos se instalaron en 1881 en Egipto y nada más hacerlo se vieron comprometidos por un nuevo ejemplo de la peligrosa inestabilidad que el colonialismo europeo estaba extendiendo por toda Africa. En efecto, desde 1810 Egipto mantenía guarniciones militares estacionadas en Sudán, pero en 1881 El Mahdi, un líder musulmán que había recogido los sentimientos antieuropeos en un movimiento violento y fanático, levanta a los sudaneses contra los egipcios. El Gobierno británico envía en 1884 al general Gordon con objeto de que ayude a los egipcios a evacuar las guarniciones, pero Gordon no sólo no lo consigue sino que además queda cercado en Jartum, donde pierde la vida y la guerra; todo el Sudán queda en manos del Mahdi. Los ingleses tardarán en recuperar el control del alto Nilo pero cuando en 1898 envíen a un ejército capaz de terminar con El Mahdi en Ondurmman no sólo consolidarán su posición en todo el valle del Nilo, sino que terminarán con las esperanzas francesas de establecer una comunicación horizontal entre sus posesiones africanas. Aunque la expedición francesa es capaz de colocar al capitán Marchand y sus hombres en Fashoda, una aldeíta en el Nilo Blanco, poco antes de la llegada del ejército del general Kitchener, la amenaza de una guerra con los ingleses obliga al Gobierno francés a renunciar a una ambición que ya no podrá ver cumplida nunca.

En el sur de Africa, los británicos poseían El Cabo desde 1815, pero consideraban este punto —como en principio Egipto y Zanzíbar— un elemento fundamental para la protección de su ruta a la India. Durante la mayor parte del siglo XIX, los gobiernos británicos se mostraron satisfechos con el control de la Colonia del Cabo y Natal y dejaron a los colonos de origen holandés —los *boers*— internarse en el continente y formar dos repúblicas independientes en Transvaal y Orange. Sin embargo, desde los años 1870 la situación va cambiando: se incrementa el comercio, se trazan líneas de ferrocarril y, sobre todo, se descubren oro y diamantes en la zona. La anexión alemana del Africa sudoriental impulsa a Inglaterra a reservarse una zona de influencia desde el río Zambeze. A partir de aquí, las anexiones inglesas se suceden: en 1885 Bechualand, en 1889 Rhodesia y en 1893 Nyasaland. Esta marcha hacia el norte está en concordancia con las ambiciones imperiales de lord Milner y Cecil Rhodes, que sueñan con un Imperio británico sin solución de continuidad desde el Cabo al Cairo, protegiendo desde el sur las rutas del Indico, las rutas de la India. El progresivo control británico del extremo sur del continente europeo deberá pasar en 1899 por la prueba de fuego de una dura guerra con los *boers* que, finalmente, resultarán derrotados.

Asia

El inmenso continente asiático fue, como el africano, escenario privilegiado del gran impulso colonial de las grandes potencias del siglo XIX. Los rusos colonizarán Siberia, Cáucaso y Turkestán, e intentarán extender su poder sobre China y su zona de influencia. Los británicos se habían establecido tan firmemente en India que allí era muy difícil que pudieran penetrar los competidores, aunque los rusos lo intentarán por el norte. Será en la zona conocida como Lejano Oriente donde se condense la nueva rivali-



Avanzadilla de las tropas montadas del Mahdi en las cercanías de Jartum (La Ilustración Española y Americana)

dad entre unas potencias que ahí no serán únicamente europeas.

Los países que bordean el Pacífico eran más atractivos y saludables que los territorios africanos y aunque estaban densamente poblados y altamente civilizados, no serán capaces, durante este período, de resistir a los recursos económicos, políticos y militares empleados por las potencias. Con todo, la zona mayor era la formada por China y sus vasallos, un Imperio virtualmente cerrado a los europeos durante siglos y que en el siglo XIX mostrará una especial determinación para excluir el comercio exterior y la penetración extranjera que el colonialismo hará fracasar a lo largo de un proceso histórico especialmente dramático. Comerciantes británicos —principalmente a través de la Compañía de las Indias Orientales— conseguirán dar los primeros pasos de la apertura de China durante la Guerra del Opio (1839-1842). Los británicos ocuparán Hong Kong y se asegurarán la apertura de cinco puertos: Cantón, Amoy, Fuchow, Nangpo y Shanghai.

A partir de la imposición a China de estos primeros tratados, los británicos ganarán una posición predominante en el comercio de la región. Pero si en Africa los acuerdos entre las potencias conducirán a un reparto casi completo, en Asia, por el contrario, las rivalidades entre los europeos y las resistencias autóctonas serán de tal entidad que se hará imprescindible tolerar independencias o defenderlas por su función de Estados tapón.

La expansión rusa en Asia fue una empresa larga y compleja que colocó a los rusos frente a todos los problemas de la colonización. En el siglo XIX afecta fundamentalmente a Siberia, es decir, a una tierra virgen, abierta a la emigración; pero afecta también al Cáucaso y al Turkestán, donde poblaciones musulmanas habían creado una rica civilización que hacía muy difícil su asimilación. Además de las zonas de control directo, la expansión rusa se prolongará en la creación de zonas de influencia en China, Mongolia y Manchuria. Aunque el proceso parece anunciarse en el siglo XVIII, será la derrota rusa en Crimea el acontecimiento que empuje al Gobierno zarista a emprender la campaña del Cáucaso; en 1860 fundan Vladivostok, pero el puerto queda inutilizado en invierno por los hielos; Port Arthur, más al sur, en China, se convertirá en

un objetivo fundamental como salida segura de Rusia al Pacífico.

La explotación de estos inmensos territorios está unida a la implantación de una población rusa de carácter agrícola que puede avanzar sobre la base de la construcción de grandes vías férreas: el Transcaucasiano es terminado en 1883, el Transcaspiano une Samarkanda con el mar Negro en 1888 y el Transiberiano, comenzado en 1892, llega al Baikal en 1895. Fue, pues, la conquista de Asia, la gran empresa del zarismo decimonónico; éste fue el campo de un conjunto de conflictos con Inglaterra, el origen de la guerra ruso-japonesa de 1904 y, con la derrota, la base directa de la revolución de 1905. Por otra parte, la explotación de Asia había exigido la llegada masiva de capitales extranjeros para construir los ferrocarriles o para extraer el petróleo; el zarismo emprendió una empresa colonial que será determinante en la historia de este país, tanto a la hora de convertirse en una gran potencia como a la hora de afrontar los problemas del último Imperio colonial no descolonizado.

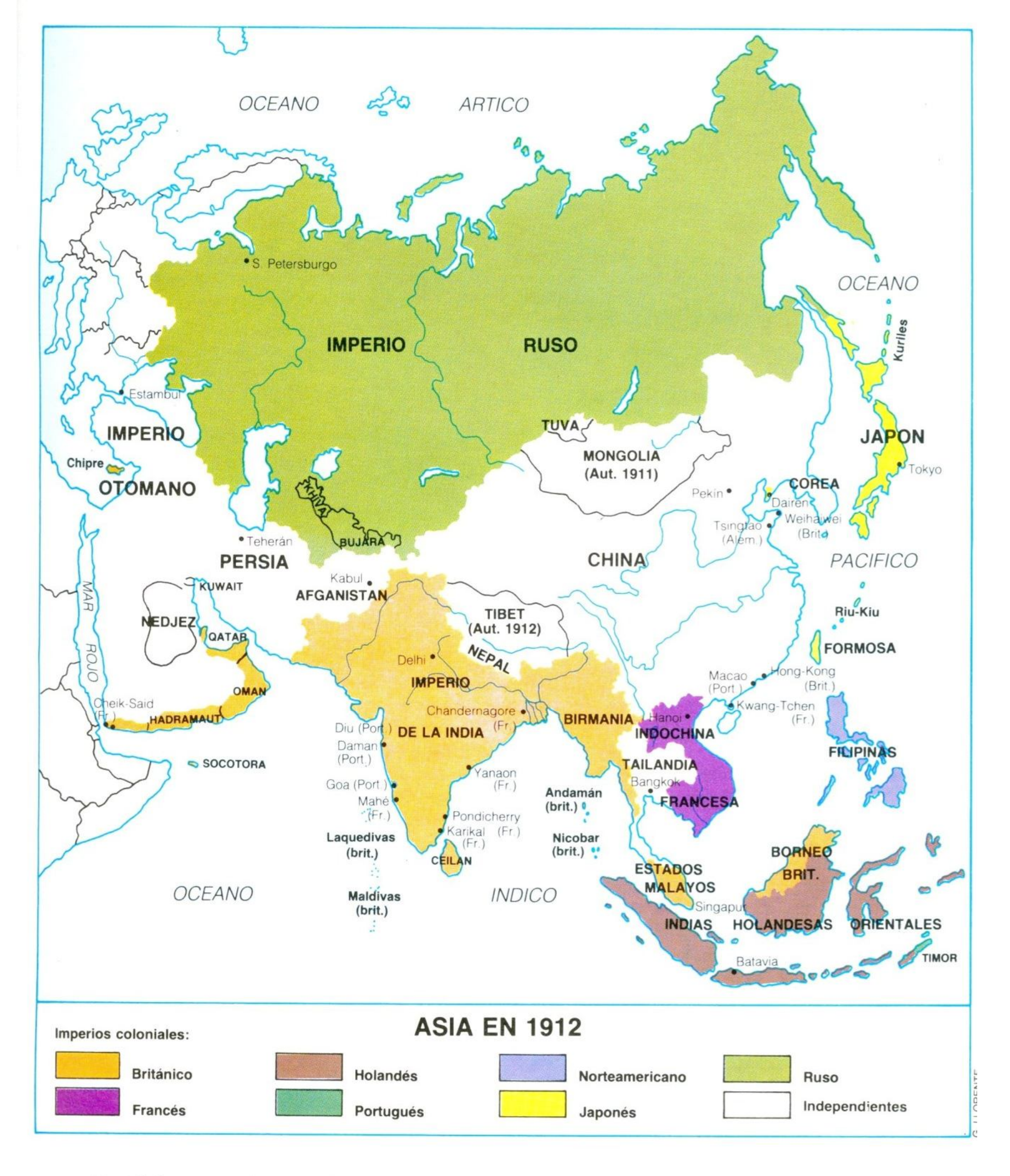
Las dificultades anglo-rusas alcanzarán su paroxismo en 1885, cuando los rusos ocupen el Punjab; la situación se estabilizará diez años más tarde, en 1895, cuando una banda de 30 kilómetros de ancha y 200 kilómetros de larga, incorporada a Afganistán, separe a rusos e ingleses. En cualquier caso, nunca hubo tranquilidad total en ese sector: un Estado tapón como Afganistán fue siempre un terreno abonado para todas las intrigas. También aplicaron la solución del Estado tapón franceses e ingleses cuando en 1896 reconocieron la independencia de Siam, que separaría la Indochina francesa de la Birmania británica. En los márgenes del sureste asiático, las ambiciones alemanas inquietarán a Inglaterra, que tendrán que compartir Nueva Guinea (1885), entregarle las islas Salomón (1889) y constituir con los norteamericanos un condominio sobre las islas Samoa (1889). La compra a España, en 1898, de las islas Carolinas, Marianas y Palaos completa un dominio alemán en el Pacífico sur que es visto con temor por Australia y Nueva Zelanda.

En la época del II Imperio, Francia se convierte en un rival que compite por el acceso a los mercados chinos. Misioneros y comerciantes eran predominantes en Siam e Indochina y ambos grupos piden a París un apoyo más decidido. Napoleón III establecerá una buena base en el delta del Mekong y, después de la guerra franco-prusiana, Jules Ferry acomete la empresa de asegurar la ruta marítima que conduce al mercado chino a través del golfo de Tonkín, proporcionando un camino alternativo al que pasaba por los cinco puertos. Pero todo esto no conduce más que a una costosa guerra con China, muy impopular en una Francia que no puede olvidar la desastrosa *política de prestigio* del II Imperio. Sin embargo, tras la derrota de 1885, los franceses terminarán convirtiendo a Indochina en una colonia en 1887.

Los tratados de Pekín abrieron China al comercio europeo, pero la puesta en práctica de aquellas imposiciones no deseadas resultó muy difícil y lenta; hasta 1873 el emperador consigue negarse a recibir a los embajadores extranjeros. En realidad será la intervención de Japón lo que venga a desbloquear la situación; en julio de 1894 el Ejército japonés desembarca en Corea y ocupa Manchuria meridional, Shantung y Formosa. Por el tratado de Simonoseki, China debía ceder a Japón Corea, Formosa y la península de Liao Tung, donde se encontraba Port Arthur.

Una acción conjunta de Rusia, Francia y Alemania impide a Japón obtener los beneficios deseados y precipita el reparto de China en esferas de influencia a través de un doble proceso: las potencias arrebatan a China puertos y territorios periféricos, las potencias colocan al Estado chino bajo su tutela financiera haciéndose otorgar concesiones ferroviarias, mineras e industriales. China no puede hacer otra cosa que ceder Port Arthur a Rusia, Wei Hai Wei a Inglaterra, Kiaochow a Alemania, Kwang Chow a Francia. China deberá también renunciar a su soberanía sobre Mongolia exterior y Tibet después de haber perdido antes la que tenía sobre Birmania, Siam y Annam. Sólo los Estados Unidos rechazaron participar en este reparto exigiendo por su parte, en 1899, el respeto de todos a la libertad comercial, esto es, el respeto al principio de *la puerta abierta.*

Esta rapacidad de las potencias provocará graves trastornos. En 1899 estalla *la revuelta de los boxers,* un movimiento popular que trata de instrumentalizar contra las potencias la emperatriz Tseu-Hi; aunque la revuelta es derrotada en agosto de 1900, las potencias comprenden lo costosa que les resultaría una política de control total sobre China. Por otra parte, de aquella rapacidad nace también el choque entre los imperialismos ruso y japonés. La guerra de 1904 y las victorias niponas tendrán grandes consecuencias no sólo para el reparto del Pacífico —Rusia debe renunciar



a Port Arthur y a toda posterior expansión por Manchuria y Corea, que será anexionada por Japón en 1910—, sino también para el equilibrio europeo: Rusia volverá a orientar sus ambiciones hacia los Balcanes.

Pero los trastornos no detienen el progreso de la penetración financiera y económica en China. Desde 1895-1899 el Gobierno chino *disfruta* de grandes empréstitos que quedan garantizados con los futuros ingresos de sus aduanas. Tras el establecimiento de la República en 1911, el nuevo régimen firma un contrato de empréstito con un consorcio bancario internacional que logrará en 1913 el control del uso de los fondos del Estado y la precepción de sus impuestos aduaneros. Encon-

tramos por tanto en China un esfuerzo original del colonialismo europeo por repartir un enorme mercado sin hacerse una competencia violenta y sin asumir las cargas del imperialismo formal.

La expansión de los Estados Unidos

Hasta finales del siglo XIX, las ambiciones territoriales estadounidenses encontraron en América del Norte su escenario *natural,* aunque la anexión de Texas en 1848, de Arizona, Nuevo México y California en 1853 y de Alaska en 1867 no den lugar al desarrollo de lazos de estricto carácter colonial. La situación será distinta cuando los intereses estadounidenses se concentren en el Pacífico y en Centroamérica. La fecha clave es 1898 cuando la derrota española pone en sus manos Cuba, Puerto Rico y Filipinas, a las que se añaden las Hawai. A pesar de la retórica oficial que rechaza toda expansión colonial, por fidelidad a su propia historia, la intervención cada vez más decidida de Estados Unidos en la vida económica y política de esas zonas tiene mucho que ver con los intereses de una economía que ha alcanzado la madurez mientras se extienden con gran éxito las ideas imperialistas de autores como Mahan.

Con el presidente Theodore Roosevelt, la política del *gran garrote* hace de la región del Caribe *el patio de atrás* de la gran potencia norteamericana; a partir de 1900 las intervenciones se multplican: Santo Domingo en 1905, Cuba en 1906, Nicaragua en 1911, México en 1914, Haití en 1915. A veces no se trata de una intervención corta; los estadounidenses permanecerán en Cuba y en México hasta 1914 y en Haití hasta 1934. Mención aparte merece la política de Washington destinada a controlar totalmente el Canal interoceánico y que culmina en 1903 provocando la secesión de Panamá; aunque Colombia será indemnizada en 1912, el futuro del pequeño Estado panameño, sin más sentido que la seguridad del Canal, quedaba completamente hipotecado a las necesidades norteamericanas.

Con respecto a sus, en sentido jurídico, colonias, Estados Unidos desarrollará una política más liberal. Puerto Rico recibe una cierta autonomía en 1900 y en 1917 los puertorriqueños obtienen la ciudadanía. En Filipinas, Washington debe hacer frente a una insurrección que le cuesta el envío de 30.000 hombres y tres años de guerra; sin embargo, desde 1902 los filipinos irán alcanzando un *status* que parece anunciar una futura independencia que, en cualquier caso, no llegará hasta después de la Segunda Guerra Mundial.

Los riesgos de las alianzas permanentes

De 1870 a 1890 el escenario internacional estuvo dominado por la política exterior alemana, una política pensada por Bismarck con el propósito de asegurar el *statu quo* europeo nacido del Tratado de Frankfurt, única garantía del mantenimiento del *statu quo* social consagrado en Alemania por el proceso de unidad culminado con aquella victoria. Como la potencia más insatisfecha con la nueva situación era, sin duda, Francia, la política bismarckiana se asegurará de que dicha potencia permanezca aislada y sea incapaz de plantear un desquite. Pero como cualquier conflicto en el que se viera envuelta Alemania podía ser aprovechado por Francia para ponerse al lado de su adversario, Bismarck será siempre consciente de que en los Balcanes se encontraba un riesgo cierto de conflicto entre Austria-Hungría y Rusia y tratará de evitar la situación que pudiera obligar a Alemania a intervenir al lado de uno de los contendientes.

Este planteamiento estará en la base de la diplomacia bismarckiana y explicará su peligrosa decisión de recurrir a un conjunto de alianzas permanentes que irán colocando en la *red de Berlín* a las demás potencias europeas. Si Austria-Hungría era un aliado formal de Alemania, Bismarck podría influir mejor en su política exterior; de aquí la firma de 1879 de la *Dúplice,* una alianza defensiva que se mantendrá hasta la Primera Guerra Mundial. Al mismo tiempo, el canciller deseaba mantener buenas relaciones con Rusia; primero tratando de formar una liga de los Tres Emperadores —de Alemania, Austria-Hungría y Rusia— para demostrar ostensiblemente la solidaridad monárquica frente a las amenazas revolucionarias; más tarde, tras la crisis búlgara de 1885-1886, firmando directamente un acuerdo secreto con Rusia en 1887, que más tarde se conocerá como *Tratado de Reaseguro,* y que mantendría abiertas las líneas con San Petersburgo en caso de una nueva crisis balcánica.

Además, Bismarck facilita la entrada de Italia en el *sistema* con la firma en 1882 del Tratado de la Triple Alianza que liga a Roma con Viena amortiguando el irredentismo italiano. En 1883 se incorpora a su red de alianzas Ru-



A la izquierda, *el presidente de Estados Unidos Wiiliam McKinley con su vicepresidente Teodoro Roosevelt, en 1900*

mania e incluso el Reino Unido manifiesta un cauto interés en el mantenimiento de un *statu quo* mediterráneo, que pueden desear alterar Francia y Rusia, y firma un acuerdo de carácter general con Italia y Austria-Hungría al que se unirá más tarde España.

La caída de Bismarck en 1890, resultado del antagonismo personal entre el anciano estadista y el joven Kaiser Guillermo II, y del desacuerdo entre ambos sobre el modo de contener la creciente fuerza del socialismo en Alemania así como de las diferencias en materia de política exterior, condujo a importantes cambios en la situación internacional. El *Tratado de Reaseguro* con Rusia no fue renovado pese a que el Gobierno de San Petersburgo estaba interesado en hacerlo; si unimos esto a inversiones de miles de millones de francos en obligaciones rusas, podemos comprender que se estaba abonando el terreno para que se estrechasen las relaciones entre Rusia y Francia. En 1890 y 1891 se intercambiaron cortesías, en agosto de 1891 hubo contactos diplomáticos y un año más tarde se alcanzó un acuerdo militar que finalmente será ratificado a finales de 1893. Con la alianza franco-rusa, aparentemente enfrentada a la *Triple Alianza* de Alemania, Austria-Hungría e Italia, desaparecían muchas de las ventajas que la diplomacia de Bismarck había conseguido para Alemania.

En la década de 1890, precisamente cuando el *Concierto de Europa* debe hacer frente a la peligrosa herencia bismarckiana de las alianzas permanentes, las potencias europeas manifiestan un predominante interés por la expansión colonial y fijan su atención en los acontecimientos de ultramar. Las ambiciones de Alemania por convertirse en una potencia mundial eran contrarias a los principios de la política exterior bismarckiana, que siempre se habían orientado hacia fines identificables y objetivos limitados; por el contrario, la política que personifica Guillermo II tendrá objetivos a menudo tan vagos e inciertos como grandiosos y ambiciosos.

La expansión ultramarina llevará a todas las potencias europeas a una competencia más directa con Gran Bretaña. Franceses e ingleses eran rivales en Africa y Siam. Los rusos parecían desafiar el predominio británico en el

Lejano Oriente. Los alemanes, que buscaban a su alrededor *un lugar bajo el sol* en la geografía colonial, encontraban en todas las partes del mundo a los ingleses cerrándoles el paso.

El mayor desafío a la posición de Gran Bretaña en el Lejano Oriente se produjo, como hemos visto, cuando Francia, Alemania y Rusia, en una alineación que rompía con la naturaleza de las alianzas en Europa, se coaligaron para intervenir, en nombre de la preservación de la integridad de China, al finalizar la guerra chino-japonesa, y dieron a la *cuestión china* una dimensión internacional que puso fin a la posición *rectora* de los británicos en esta zona del mundo. La intervención de las potencias para limitar las ganancias japonesas después de la derrota de China en 1895 fue seguida de una tentativa para asegurarse, en el colapsado Imperio, zonas de influencia en las que su comercio gozara de un trato preferencial y bases en la costa para respaldar sus reclamaciones. Los británicos ya no volverán a gozar en China de la posición incontestable que habían disfrutado hasta entonces.

Pero a pesar de la importancia de ese desafío, los británicos consideraron más peligrosa, para su posición en la zona, la amenaza rusa en el norte de China y, desde finales de 1897, realizarán esfuerzos diplomáticos para alcanzar algún acuerdo satisfactorio. El fracaso de un acuerdo directo con Rusia llevará al Gobierno de Londres a replantearse su política de *manos libres* y a buscar, primero en Estados Unidos, después en Alemania, y finalmente en Japón, el aliado que le ayudase a frenar a los rusos.

La alianza anglo-japonesa de 1902, una alianza que hunde sus raíces en la búsqueda de seguridad de dos potencias descontentas con la trayectoria que parece seguir el *reparto* de China, tendrá muy graves consecuencias para el equilibrio europeo: el fortalecimiento del Japón le conducirá en 1904 hacia la revancha militar sobre Rusia. La aparatosa derrota del Imperio de los zares y el estallido de la revolución de 1905 supondrán un durísimo golpe para su condición de gran potencia, que desequilibriará a Europa y que animará al Kaiser a aprovechar la cuestión de Marruecos para debilitar a sus antagonistas, provocando a su vez un mayor estrechamiento del *cerco* a Alemania.

Pero vayamos por partes. Los antagonismos coloniales serán más importantes por las solidaridades que sucitan, cuando se regulan de manera satisfactoria para todas las partes, que por las crisis que pueden quedar sin control por parte del sistema. Precisamente la *Entente Cordial* entre Gran Bretaña y Francia de 1904 y el acuerdo anglo-ruso de 1907, ilustran perfectamente hasta qué punto los acuerdos específicos sobre diferencias coloniales podían llevar a una cooperación más general dentro de Europa. La crisis de Fashoda en 1898 había demostrado que los franceses no eran lo suficientemente fuertes como para desafiar la posición de Inglaterra en Africa si los británicos se mostraban decididos a mantenerla.

Además, la crisis había demostrado también que Rusia, aliada de Francia, no estaba dispuesta a dar a esta última ningún apoyo fuera de Europa. Francia debía renunciar a cualquier esperanza de amenazar la posición británica en Egipto presionando desde el alto Nilo, pero le quedaba una considerable influencia en relación con la deuda egipcia, y esto significaba que los ingleses necesitaban su voto si querían abordar cualquier cambio en la organización económica de su *cuasi* protectorado. La *feliz coincidencia* de este hecho con el desarrollo de un fuerte grupo de presión en Francia, que ansía redondear su imperio norteafricano con la adquisición de Marruecos y que necesita contar con el consentimiento de Gran Bretaña, facilitará el compromiso. Tras meses de intrincadas negociaciones, se llegó finalmente a un acuerdo en abril de 1904 por medio de un tratado que dejaba a Inglaterra las manos libres en Egipto, prometía apoyo británico para una acción francesa en Marruecos, aseguraba el control británico del estrecho de Gibraltar con el ofrecimiento a España de una pequeña zona del Marruecos mediterráneo que actuaría como barrera, y aclaraba un cierto número de puntos conflictivos en Terranova y Asia.

Las consecuencias de un insatisfactorio reparto

En apariencia se trataba sencillamente de un amplio arreglo de disputas coloniales, realizado en una nueva atmósfera de cordialidad de la que fue símbolo la visita del rey Eduardo VII a París en 1903, pero cabe preguntarse si alguno de los dos gobiernos albergaba intenciones más amplias. En cualquier caso, pronto se puso de manifiesto que la *Entente Cordial* repercutía en las relaciones entre las potencias europeas más allá de sus respecti-



AMERICA CENTRAL
(1900-1918)
ESTADOS UNIDOS
GOLFO DE
MEXICO
BAHAMAS (Brit.)
La Habana
CUBA
Esp. ha. 1898
1898-1902 y 1906-09
Ocup. EE.UU.
Ocup. EE.UU.
(1916-24)
EE.UU. (1917)
Mérida
Ocup. EE.UU.
(1915-34)
HAITI
REP.
DOMINICANA
PUERTO
RICO
I. Vírgenes
(Din.)
S. Martín (Hol.)
Barbuda
Antigua
St. Domingo
Kingston
Esp. ha. 1898
EE.UU. (1898)
Guadalupe
(Fr.)
MEXICO
HONDURAS
BRIT.
Belice
JAMAICA
(Brit.)
Dominica
(Brit.)
Martinica
(Fr.)
GUATEMALA
HONDURAS
Guatemala
Tegucigalpa
EL
SALVADOR
MAR
CARIBE
Ocup. EE.UU.
(1912-25)
S. Vicente
(Brit.)
Barbados
(Brit.)
Grenada
(Brit.)
Aruba
(Hol.)
Curaçao
(Hol.)
Tobago
(Brit.)
NICARAGUA
Managua
Puerto España
Trinidad
(Brit.)
OCEANO
Maracaibo
Caracas
COSTA RICA
Zona del Canal
1903 EE.UU
Cartagena
PANAMA
1903 Indep.
Mérida
VENEZUELA
PACIFICO
GUAYANA
BRIT.
COLOMBIA
Bogotá
BRASIL
G. LLORENTE

vas políticas coloniales. La nueva amistad entre Francia y Gran Bretaña fue puesta a prueba durante 1904 y 1905 por la guerra entre rusia, aliada de Francia, y Japón, aliado de Gran Bretaña. Los alemanes aprovecharon la ocasión para adelantar propuestas a fin de formar una liga continental, integrada por Alemania, Francia y Rusia, y dirigida contra Inglaterra, que no prosperaron.

Posiblemente las cosas hubieran sido distintas si Japón no hubiera resultado lo suficientemente fuerte como para derrotar a Rusia sin necesitar la ayuda británica; pero la fortaleza japonesa fue muy suficiente, y los rusos quedaron dramáticamente humillados, pero los ingleses no intervinieron. Si bien los alemanes veían cerrarse una posibilidad para separar a Inglaterra de las otras potencias europeas, la debilidad rusa abría otras nuevas que el Gobierno del Kaiser no dejará pasar sin intentar sacar provecho.

En marzo de 1905, el Gobierno alemán precipitó una crisis cuando el Kaiser desembarcó en el puerto marroquí de Tánger y declaró que Alemania salvaguardaría sus intereses en Marruecos y que reconocía al sultán como soberano independiente. Este intento de afirmar los intereses alemanes en uno de los pocos territorios africanos *aprovechables* que aún seguían siendo independientes y, sobre todo, de romper la reciente solidaridad anglo-francesa, fracasará rotundamente. La violencia de la acción alemana alarmó no sólo a Francia sino también a Inglaterra, que empezará a considerar que sus intereses fundamentales le exigían un apoyo decidido a Francia en su antagonismo con Alemania. Durante la Conferencia de Algeciras de 1906 Alemania, que no pudo contar con más apoyo que el de Austria-Hungría, sólo consiguió, con la internacionalización teórica de la cuestión de Marruecos, dejar preparado el terreno donde conseguir alguna compensación futura.

La derrota de Rusia frente a Japón tendrá también otros efectos sobre el sistema europeo al desalentar los planes de la expansión rusa sobre el Lejano Oriente y despejar la amenaza que estos suponían para los intereses británicos en China sin que Inglaterra hubiese tenido que implicarse directamente en la guerra. Dadas las nuevas circunstancias parecía razonable que Inglaterra y Rusia trataran de llegar a un acuerdo sobre los principales problemas derivados de su rivalidad imperialista en Asia. Un acuerdo de un tipo que, por supuesto, fortalecería a Rusia recolocándola en el sistema del *Concierto de Europa,* lo que sin duda deseaban tanto el Gobierno de París como el de Londres, no podía ser fácil de negociar y no será firmado hasta abril de 1907. El nuevo compromiso establecía la neutralización del Tibet y la retirada de la misión militar británica que había allí, mientras que los rusos reconocían la pertenencia de Afganistán a la esfera británica; Persia se mantenía como Estado independiente pero dividido en zonas de influencia británica y rusa, con una zona neutral en medio.

Si bien Rusia no abandonó su interés por el Asia central ni su intención de mejorar su posición en Persia, el acuerdo de 1907 suprimió algunas de las causas inmediatas de su fricción con Inglaterra. Se había puesto fin a décadas de antagonismo en Asia y los rusos mantendrán la esperanza de que ello les facilite las cosas en los Balcanes, donde la *espasmódica* política exterior del Imperio zarista fijará ahora sus ambiciones confiando de nuevo en controlar muy pronto la salida al mar Negro a través del Bósforo y los Dardanelos.

Finalmente, la penetración económica y social de los Estados europeos en Marruecos acelerará la descomposición del viejo Imperio xerifiano facilitando a Francia y a España el camino de su reparto sobre las bases de los acuerdos de 1904. La brutal apertura de la *cuestión marroquí* en 1911 facilita a Alemania las posibilidades de sacar partido político de una nueva crisis colonial que, si bien fue finalmente resuelta con un nuevo acuerdo de reparto —por el que Alemania se mantenía al margen de Marruecos a cambio de amplios territorios en el Congo y Camerún y Francia se veía parcialmente recompensada del coste de la operación, ampliando los límites de su protectorado marroquí a costa de España—, la crisis se extendió durante varias semanas en un clima de guerra inminente. La crisis de Agadir sirvió para poner en claro que, a aquellas alturas, cualquier confrontación entre dos grandes potencias, la situaba al borde de la guerra.

Ahora bien, parece seguro que ningún Gobierno de una gran potencia europea en los años anteriores en 1914 deseaba ni una guerra general ni un conflicto militar limitado con otra gran potencia europea. Esto queda plenamente demostrado por el hecho de que allí donde las ambiciones de las grandes potencias entran en oposición directa, sus numerosas confrontaciones se solucionaban siempre a través de acuerdos *pacíficos*. En vísperas del estallido de 1914, los conflictos colo-

niales no parecían plantear problemas insolubles para las diferentes potencias competidoras, hecho que se ha utilizado para afirmar que las rivalidades coloniales no influyeron en el desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial.

Al margen del problema de la toma de decisiones que conduce a la serie de declaraciones de guerra —problema que considero del mayor interés, aunque no lo sea para el asunto que estamos estudiando—, las raíces de la guerra deben buscarse en el carácter de unas situaciones nacionales, cada vez más deterioradas, que fueron escapando progresivamente al control de los gobiernos, y que *estallaban* en medio de una Europa dividida en los bloques opuestos de potencias. Esos bloques eran nuevos y resultaron esencialmente de la aparición en el escenario europeo de un Estado alemán unificado, establecido mediante la diplomacia y la guerra a expensas de otros que serán neutralizados con una serie de alianzas en tiempo de paz, que a su vez desembocaron en otras contraalianzas.

El sistema de bloques de potencias será peligrosísimo para la paz cuando las disputas entre ellos se conviertan en confrontaciones incontrolables. Pues bien, no parece exagerado relacionar el colapso del *Concierto de Europa* con una desesperada búsqueda de seguridad en un mundo internacional profundamente alterado por la globalización del sistema. Al final, los esfuerzos para conseguir mayor seguridad en un mundo en el que se había modificado las bases del poder, tuvieron el efecto de desviar los antagonismos coloniales hacia una insegura Europa, justamente en el momento en que Alemania y Austria se aproximaban a una aguda crisis interna. Al final, la progresiva ampliación del núcleo del sistema internacional terminará por destruir al mismo provocando un aumento de la inseguridad que, unido a otros temores más *domésticos*, llevaron a los estadistas a soluciones catastróficas.

Por último, conviene no olvidar que si no fueron colonialistas los motivos inmediatos que llevaron a los gobiernos europeos a declarar la guerra en 1914, esa decisión fue tomada sobre la base de unas imágenes del mundo forjadas, en parte, por anteriores empresas coloniales. El pensamiento imperialista aceptó siempre el riesgo de la guerra y consideró siempre la lucha armada como una parte esencial de la expansión imperial. Las decisiones del verano de 1914 no hubieran sido posibles sin un preexistente estado de ánimo que hizo de los europeos gentes dispuestas no sólo a aceptar la guerra sino incluso a recibir con alborozo tan terrible noticia. El imperialismo colonial contribuyó de manera destacada a la creación de ese peligroso estado de ánimo.

Bibliografía

Acosta Sánchez, José, *El imperialismo capitalista. Concepto, períodos y mecanismos de funcionamiento,* Editorial Blume. Barcelona, 1977. Barraclough, Geoffrey, *Introducción a la Historia Contemporánea,* Editorial Gredos. Madrid, 1971. Bartlett, C. J. *The Global Conflict. The international rivalry of the great powers, 1880-1970.* Longman. London/New York, 1984. Baumgart, Winfried, *Imperialism. The idea and reality of British and French colonial expansion, 1880-1914.* Oxford University Press, 1982. Chesneaux, Jean, *Asia Oriental en los siglos XIX-XX.* Editorial Labor. Barcelona, 1969. Coquery-Vidrovitch, C. Moniot, H., *Africa negra de 1800 a nuestros días,* Editorial Labor. Barcelona, 1976. Fieldhouse, David K., *Economía e Imperio. La expansión de Europa (1830-1914).* Editorial Siglo XXI. Madrid, 1978. Girault, René, *Diplomatie européenne et impérialismes. Histoire des relations internationales contemporaines,* tome 1: 1871-1914. Masson. Paris, New York. Barcelona, Milano, 1979. Guillaume, Pierre, *Le monde colonial.* XXe-XXe *siécles.* Armand Colin. Paris, 1974. Hobsbawm Eric J. *La Era del Imperio (1875-1914).* Editorial Labor. Barcelona, 1989. Kennedy, Paul, *Auge y caída de las grandes potencias.* Plaza & Janés/Cambio 16. Barcelona, 1989. Kiernan, V. G., *European Empires from conquest to collapse, 1815-1960.* Fontana Paperbacks, 1982. Langhorne, Richard, *The Collapse of the Concert of Europe. International Politics, 1890-1914.* Macmillan Press, 1981. Miège, Jean-Louis, *Expansión europea y descolonización de 1870 a nuestros días.* Editorial Labor. Barcelona, 1975. Renouvin, Pierre, *Historia de las relaciones internacionales. Siglos XIX y XX.* Akal Editor. Madrid, 1982. Ricard, Serge & Bolner, James (eds.) *La République Imperialiste, L'expansionisme et la politique extérieure des Etats-Unis, 1885-1909.* Servicio de Publicaciones de la Universidad de Provence, 1987. Taylor, A. J. P., *The Struggle for Mastery in Europe, 1848-1918.* Oxford University Press, 1971.



Patrulla inglesa durante un reconocimiento en el Sudán (grabado del siglo XIX)

El colonialismo

Textos

CUADERNOS historia 16

La regulación internacional de la expansión europea en Africa

EN nombre de Dios Todopoderoso.

S. M. el Emperador de Alemania, Rey de Prusia; S. M. el Emperador de Austria, Rey de Hungría; S. M. el Rey de los Belgas, S. M. el Rey de Dinamarca, S. M. el Rey de España, el Presidente de los Estados Unidos de América, el Presidente de la República Francesa, S. M. la Reina del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda, Emperatriz de las Indias; S. M. el Rey de Italia, S. M. el Rey de Italia, S. M. el Rey de los Países Bajos, S. M. el Rey de Portugal, S. M. el Emperador de todas las Rusias, S. M. el Rey de Suecia y de Noruega, S. M. el Emperador de los Otomanos.

Deseando establecer en un espíritu de entendimiento mutuo las condiciones más favorables al desarrollo del comercio y de la civilización en determinadas regiones de Africa, y asegurar a todos los pueblos las ventajas de la libre navegación por los dos principales ríos africanos que desembocan en el Océano Atlántico; deseosos, por otra parte, de prevenir los malentendidos y las disputas que pudieran suscitar en lo futuro las nuevas tornas de posesión efectuadas en las costas de Africa, y preocupados al mismo tiempo por los medios de aumentar el bienestar moral y material de las poblaciones indígenas, han resuelto, previa invitación que les ha sido cursada por el Gobierno imperial de Alemania, de acuerdo con el Gobierno de la República Francesa, reunir a tal objeto una Conferencia en Berlín, y han nombrado sus plenipotenciarios (...). Los cuales, provistos de plenos poderes (...), han discutido y adoptado sucesivamente:

1.ª Una Declaración relativa a la libertad de comercio en la cuenca del Congo, sus desembocaduras y países circunvecinos, con ciertas disposiciones concernientes a ella.

2.ª Una Declaración referente a la trata de esclavos y a las operaciones que por tierra o por mar proporcionan esclavos para la trata.

3.ª Una Declaración relativa a la neutralidad de los territorios comprendidos en la cuenca convencional del Congo.

4.ª Un Acta de Navegación del Congo (...).

5.ª Un Acta de Navegación del Níger (...).

6.ª Una Declaración estableciendo en las relaciones internacionales reglas uniformes respecto a las ocupaciones que en adelante puedan verificarse en las costas del continente africano.

Y habiendo creído que estos diversos documentos podrían coordinarse útilmente en un solo protocolo, los han reunido en un Acta General, compuesta de los artículos siguientes. *(Acta Final de la Conferencia de Berlín, 1885).*

Segundo tratado de la Triple Alianza (Berlín, 20-II-1887): Tratado separado entre Alemania e Italia

Sus Majestades

— El Emperador de Alemania, Rey de Prusia, y

— el Rey de Italia,

considerando oportuno dar algún desarrollo al Tratado de alianza firmado en Viena el 20 de mayo de 1882, cuya prolongación se ha estipulado hoy en un documento adicional, han decidido concluir un Tratado separado que tenga especialmente en cuenta los intereses recíprocos de sus Estados y Gobiernos y han nombrado a tal efecto sus plenipotenciarios (...), los cuales, provistos de plenos poderes, que han sido hallados en buena y debida forma, han convenido los artículos siguientes:

Art. I. Las altas Partes contratantes, no buscando sino el mantenimiento, en cuanto sea posible, del *statu quo* territorial en Oriente, se comprometen a utilizar su influencia para prevenir cualquier

modificación territorial que pueda perjudicar a una u otra de las Potencias signatarias del presente Tratado. A tal objeto, ellas se comunicarán toda información que pueda ilustrarlas mutuamente tanto acerca de sus propias disposiciones como acerca de las otras Potencias.

En todo caso, si por la fuerza de los acontecimientos, llegara a ser imposible el mantenimiento del *statu quo* en las regiones de los Balcanes o de las costas e islas otomanas del Adriático y del mar Egeo; y si, ya como consecuencia de la acción de una tercera Potencia, ya por otra causa cualquiera, Austria-Hungría o Italia llegaran a verse en la necesidad de modificarlo con una ocupación temporal o permanente por su parte, esta ocupación no tendrá lugar sino mediante un previo acuerdo entre las dos Potencias, acuerdo basado en el principio de una compensación recíproca por toda ventaja, territorial o de otra naturaleza, que cada una de ellas obtuviese con respecto al *statu quo* actual y que venga a satisfacer los intereses o las pretensiones bien fundadas de las dos Partes.

Art. II. Las estipulaciones del artículo I no se aplicarán, de modo alguno, a la cuestión egipcia acerca de la cual las altas Partes contratantes conservan su respectiva libertad de acción, si bien teniendo siempre en consideración los principios sobre los cuales se basa el presente Tratado y el de 20 de mayo de 1882.

Art. III. Si ocurriese que Francia intentase ampliar su ocupación, o bien su protectorado o su soberanía, en cualquier forma que fuera, sobre los territorios norte-africanos, bien sea el vilayato de Trípoli o el Imperio marroquí, y que como consecuencia de este hecho Italia se creyese en el deber, para salvaguardar su posición en el Mediterráneo, de emprender por sí misma una acción sobre los mencionados territorios norte-africanos, o bien de recurrir a medidas extremas sobre el territorio francés en Europa, el estado de guerra entre Italia y Francia que de ello se seguiría constituiría *ipso facto*, a petición de Italia y a común cargo de los dos aliados, el *casus foederis* con todos los efectos previstos en los artículos II y V del anteriormente citado Tratado del 20 de mayo de 1882, como si tal eventualidad fuera en ellos expresamente considerada (visée).

Art. IV. Si la fortuna de cualquier guerra emprendida en común contra Francia llevara a Italia a buscar garantías territoriales a expensas de Francia así por la seguridad de las fronteras del reino y de su posición marítima como por la estabilidad de la paz, Alemania no opondrá a ello obstáculo alguno, y si fuera necesario procurará facilitar los medios, en la medida que fuera compatible con las circunstancias, para lograr tal fin.

Art. V. Las altas Partes contratantes se prometen mutuamente el secreto acerca del contenido del presente Tratado (...). *(BISMARCK-LAUNAY.)*

La retórica colonialista de Jules Ferry

LA primera forma de colonización es aquella que ofrece un lugar donde vivir, y trabajo al excedente de población de los países pobres o de los que tienen un contingente humano excepcional.

Pero hay otra forma de colonización que afecta a los pueblos que cuentan con excedente de capitales o de productos. Esta es la forma moderna. Las colonias constituyen para los países ricos una inversión de las más ventajosas (...).

Afirmo que la política colonial de Francia, que la política de expansión colonial, la que nos ha impulsado a ir, bajo el Imperio, a Saigón, a la Conchinchina, la que nos conduce en Tunicia, la que nos

ha llevado a Madagascar, afirmo que esta política de expansión colonial está fundada en una realidad sobre la que es necesario llamar por un instante vuestra atención, a saber: que una marina como la nuestra no puede navegar sobre la superficie de los mares sin refugios sólidos, defensas, centros de avituallamiento.

Es necesario que nuestro país se ponga a hacer lo que los demás y, puesto que la política de expansión colonial es el móvil general que importa en el momento actual a las potencias europeas, hay que tomar partido en su favor (...).

La política colonial se impone en primer lugar en las naciones que deben recurrir a la emigración, ya por ser pobre su población, ya por ser excesiva. Pero también se impone en las que tienen o bien superabundancia de capitales o bien un excedente de productos; ésta es la forma moderna actual más extendida y más fecunda. Francia, que siempre ha estado sobrante de capitales y ha exportado cantidades considerables de él al extranjero... tiene particular interés en considerar la cuestión colonial bajo este punto de vista... Pero hay otro aspecto de esta cuestión mucho más importante: la cuestión colonial es, para países como el nuestro, dedicados, por la naturaleza misma de su industria, a una gran exportación, el problema mismo de los mercados. Allí donde se tenga predominio político, se tendrá también predominio de los productos, predominio económico (...).

«¿Dejarán que otros que no seamos nosotros se establezcan en Túnez, que otros que no seamos nosotros se sitúen en la desembocadura del río Rojo... que otros que no seamos nosotros se disputen las regiones del Africa ecuatorial?... En esta Europa nuestra, en esta competencia de tantos rivales que crecen a nuestro alrededor la política de recogimiento o de abstención no es otra cosa que el camino de la decadencia. *(«Discursos», 1885.)*

Inglaterra, avanzada

LA política comercial es hija de la industrialización (...). Quizá puede pensarse de Europa que es una empresa comercial que ve disminuir su volumen de negocios en un cierto número de años. El consumo de Europa está saturado: es imprescindible descubrir nuevos filones de consumidores en otras partes del mundo. La alternativa es colocar a la sociedad moderna en bancarrota y preparar para la aurora del siglo XX una liquidación social cataclismática cuyas consecuencias no se pueden calcular.

Inglaterra tomó la delantera en el movimiento industrial moderno porque fue la primera en prever tan lejanos horizontes. Porque vio el peligro potencial que podría resultar para su hegemonía, tras la secesión de los Estados Unidos de Norteamérica, de la separación de Australia y la India, sitió Africa por los cuatro costados: al sur, por la altiplanicie del Cabo y Bechuanalandia; al oeste, por el Níger y el Congo; al nordeste por el valle del Nilo; al este por Suakin, la costa de Somalia y la cuenca de los grandes lagos ecuatoriales. Para impedir que la empresa británica obtenga en su exclusivo provecho los nuevos mercados que están abriéndose a los productos de Occidente, Alemania combate a Inglaterra con su inconveniente e inesperada rivalidad en todas las partes del globo. La política colonial es una expresión internacional de las leyes externas de la competencia. *(J. FERRY: «Tonkin et la mére patrie (1890)». En D. K. FIELDHOUSE: «Economía e Imperio. La expansión de Europa (1830-1914)». Madrid. Siglo XXI, 1977. pp. 30-31.)*

El camino hacia el entendimiento anglo-ruso

NUESTRA idea era ésta. Los dos Imperios de China y Turquía son tan débiles que en todos los asuntos importantes se guían constantemente por los consejos de potencias extranjeras. Al dar estos consejos, Rusia e Inglaterra se oponen constantemente, neutralizando cada uno los esfuerzos de la otra con mucha más frecuencia de lo que el real antagonismo de sus intereses justificaría; y este estado de cosas no es probable que disminuya, sino que aumente. Para eliminar o atenuar este mal hemos pensado que un entendimiento con Rusia podría beneficiar a ambas naciones.

No planeamos la infracción de los derechos existentes. No admitiríamos la violación de ningún tratado existente, ni lesionaríamos la integridad de los actuales Imperios de China o Turquía. Estas dos condiciones son vitales. No aspiramos a un reparto del territorio, sino sólo a un reparto de la preponderancia. Es evidente que con respecto tanto a Turquía como a China hay grandes proporciones que interesan a Rusia mucho más que a Inglaterra y viceversa. Simplemente como ilustración, y sin comprometerme a nada, yo diría que la porción de Turquía que limita con el mar Negro, junto con el valle del Eufrates hasta Bagdad, interesa a Rusia mucho más que a Inglaterra, mientras que la parte turca de Africa, Arabia y el valle del Eufrates más abajo de Bagdad interesa a Inglaterra mucho más que a Rusia. Una distinción similar existe en China entre el valle del Huangho, con el territorio al norte de él, y el valle del Yangtsé.

¿Sería posible conseguir que donde, respecto a estos territorios, nuestras opiniones difieren, la potencia menos interesada cediera y ayudara a la otra? No se me oculta que la dificultad sería grande. ¿Es insuperable? Intencionadamente he omitido tratar de grandes espacios en cada Imperio, porque ninguna potencia ha mostrado un fuerte interés por ellos. *(Instrucciones de Lord Salisbury al embajador británico en San Petersburgo, 15-I-1898.)*

Naciones «vivas» y naciones «moribundas»

PODEMOS dividir las naciones del mundo, *grosso modo*, en vivas y moribundas. Por un lado, tenemos grandes países cuyo enorme poder aumenta de año en año, aumentando su riqueza, aumentando su poder, aumentando la perfección de su organización. Los ferrocarriles les han dado poder de concentrar en un solo punto la totalidad de la fuerza militar de su población y de reunir ejércitos de un tamaño y poder nunca soñados por las generaciones que han existido. La ciencia ha colocado en manos de esos ejércitos armamentos que aumentan cada vez más su eficacia destructiva y que, por lo tanto, aumentan el poder, terrible poder, de aquellos que tienen la oportunidad de usarlos. Junto a estas espléndidas organizaciones, cuya fuerza nada parece capaz de disminuir y que sostienen ambiciones encontradas que únicamente el futuro podrá dirimir a través de un arbitraje sangriento, junto a éstas, existe un número de comunidades que sólo puedo describir como moribundas, aunque el epíteto indudablemente se les aplica en grado diferente y con diferente intensidad. Son principalmente comunidades no cristianas, aunque siento decir que no es éste exclusivamente el caso, y en esos Estados, la desorganización y la decadencia avanzan casi con tanta rapidez como la concentración y aumento de poder en las naciones vivas que se encuentran junto a ellos. Década tras década, cada vez son más débiles, más pobres y poseen menos hombres destacados o instituciones en que poder confiar, aparentemente se aproximan cada vez más a su destino aunque todavía se agarren con extraña tenacidad a la vida que tienen. En ellas

no sólo no se pone remedio a la mala administración, es un nido de corrupción, por lo que no existe una base firme en la que pudiera apoyarse una esperanza de reforma y de reconstrucción, y panorama terrible, un panorama que desafortunadamente el incremento de nuestros medios de información y comunicación describen con los más oscuros y conspicuos tintes ante la vista de todas las naciones, apelando tanto a sus sentimientos como a sus intereses, pidiendo que les ofrezcan un remedio.

... por una u otra razón, por necesidades políticas o bajo presiones filantrópicas, las naciones vivas se irán apropiando gradualmente de los territorios de las moribundas y surgirán rápidamente las semillas y las causas de conflicto entre las naciones civilizadas... naturalmente no debemos suponer que a una sola de las naciones vivas se le permita tener el beneficioso monopolio de curar o desmenuzar a esos desafortunados pacientes (risas)... estas cuestiones pueden ocasionar diferencias fatales entre las grandes naciones cuyos poderosos ejércitos se encuentran frente a frente amenazándose... indudablemente no vamos a permitir que Inglaterra quede en situación desventajosa en cualquier reajuste que pueda tener lugar (aplausos). Por otro lado, no sentiremos envidia si el engrandecimiento de un rival elimina la desolación y la esterilidad de regiones en las que nuestros brazos no pueden alargarse. (...) *(Discurso pronunciado el 4 de mayo de 1898 por Lord Salisbury en el Albert Hall de Londres. «The Times», 5 mayo 1898.)*

Rudyard Kipling y la carga del hombre blanco

EL poema es una exhortación a los norteamericanos para que acepten sus responsabilidades imperiales. Sus primeros versos dicen:

> Toma la carga del hombre blanco
> envía por delante a los mejores que criases.
> Obliga a tus hijos al exilio,
> para que sirvan a las necesidades de tus cautivos;
> espera con todos tus arreos,
> tus aturdidos y salvajes pueblos,
> tus recién capturados pueblos hoscos,
> medio demonios y medio niños.

(Rudyard KIPLING: «La Carga del hombre blanco», The Five Nations, Londres, 1903, p. 179).

La teoría leninista del nuevo imperialismo

LA política colonial y el imperialismo existían ya antes de la fase contemporánea del capitalismo y aun antes del capitalismo. Roma, basada en la esclavitud, mantuvo una política colonial y ejerció el imperialismo. Por los razonamientos «generales» sobre el imperialismo, que olvidan o relegan a segundo término la diferencia radical de las formaciones económico-sociales, se convierten inevitablemente en trivialidades vacuas o en jactancias, tales como la de comparar «la Roma con la Gran Bretaña». Incluso la política colonial capitalista de las fases *anteriores* del capitalismo se diferencia esencialmente de la política colonial del capital financiero.

La particularidad fundamental del capitalismo moderno consiste en la dominación de las asociaciones monopolistas de los grandes patronos. Dichos monopolios adquieren la máxima solidez cuando

reúnen en sus manos todas las fuentes de materias primas, y ya hemos visto con qué ardor los grupos internacionales de capitalistas se esfuerzan por arrebatar al adversario toda la posibilidad de competencia, por adquirir, por ejemplo, las tierras que contienen mineral de hierro, los yacimientos de petróleo, etc. La posesión de colonias es lo único que garantiza de una manera completa el éxito del monopolio contra todas las contingencias de la lucha con el adversario, sin excluir la de que el adversario desee defenderse mediante una ley que implante el monopolio del Estado. Cuanto más desarrollado está el capitalismo, cuanto más sensible se hace la insuficiencia de materias primas, cuanto más dura es la competencia y la busca de fuentes de materias primas en todo el mundo, tanto más encarnizada es la lucha por la adquisición de colonias (...).

Para el capital financiero no tienen importancia sólo las fuentes de materias primas ya descubiertas, sino también las posibles, pues la técnica avanza en nuestros días con un rapidez increíble y las tierras hoy inservibles pueden ser convertidas mañana en tierras útiles si se descubren nuevos procedimientos (a cuyo efecto un banco importante puede enviar una expedición especial de ingenieros, agrónomos, etc.), si se invierten grandes capitales. Lo mismo ocurre con la exploración de riquezas minerales, con los nuevos métodos de elaboración y utilización de tales o cuales materias primas, etc., etc. De ahí la tendencia inevitable del capital financiero a ampliar su territorio económico y aun su territorio en general. Del mismo modo que los trusts capitalizan sus bienes atribuyéndoles el doble o el triple de su valor, calculando los beneficios «posibles» en el futuro (y no los beneficios presentes) y teniendo en cuenta los resultados ulteriores del monopolio, el capital financiero manifiesta la tendencia general a apoderarse de las mayores extensiones posibles de territorio, sea el que sea, se halle donde se halle, por cualquier medio, pensando en las fuentes posibles de materias primas y temeroso de quedarse atrás en la lucha rabiosa por alcanzar las últimas porciones del mundo todavía no repartidas o por conseguir un nuevo reparto de las ya repartidas. *(V.I. LENIN. «El Imperialismo fase superior del capitalismo» (1916). Madrid, Editorial Fundamentos, 1974, págs. 91-94.)*

La psicología del imperialismo

RESULTA cada vez más obvio que el colonialismo —como hemos venido conociéndolo durante los últimos doscientos años— no puede ser identificado sólo con ganancia económica y poder político. En Manchuria, Japón perdió dinero de manera consciente y durante bastantes años las colonias de Indochina, Argelia y Angola en vez de incrementar el poder político de Francia y Portugal, lo fueron minando. Esto no significa que Manchuria, Indochina, Argelia y Angola sean menos colonias. Tampoco niega la idea de que las ganancias económicas y el poder político sean *motivos* importantes a la hora de crear una situación colonial. Esto sólo muestra que el colonialismo puede caracterizarse como una búsqueda de ventajas económicas y políticas sin concomitancia *real* de ganancias económicas o políticas, e incluso a veces con pérdidas económicas o políticas.

Este ensayo considera que el primer rasgo del colonialismo es un estado de ánimo en los colonizadores y en los colonizados, una consciencia colonial que incluye el deseo a veces irrealizable de sacar beneficios políticos y económicos de las colonias, pero que también incluye otros elementos. Por supuesto es importante la econo-

mía política de la colonización, pero la tosquedad y la necedad del colonialismo se expresan fundamentalmente en la esfera de la psicología, hasta el punto de que, desde la entrada del colonialismo moderno en la escena mundial, la extensión de las variables utilizadas para describir los estados de ánimo bajo el colonialismo se han politizado en la esfera de la psicología política. Las siguientes páginas desean analizar alguno de esos contornos psicológicos del colonialismo en los gobernantes y en los gobernados e intentan definir el colonialismo como una cultura compartida que no siempre puede comenzar con el establecimiento de una ley extranjera en una sociedad y terminar con la salida de la colonia de los gobernantes extranjeros. El ejemplo que usaré será el de India, donde una economía política colonial empieza a operar setenta y cinco años antes de que llegase a ser dominante de hecho y de derecho la ideología del imperialismo británico, donde treinta y cinco años después de la terminación formal del *Raj,* todavía triunfa la ideología del colonialismo en algunos sectores de la vida.

Tales distinciones entre política y cultura se hacen posibles por que sólo es parcialmente cierto que una situación colonial produce una teoría del imperialismo para justificarse. El colonialismo es también un estado psicológico enraizado en formas anteriores de consciencia social tanto en colonizadores como colonizados. Representa cierta continuidad cultural y aporta un determinado bagaje cultural.

Primero, incluye códigos que tanto los gobernantes como los gobernados pueden compartir. La principal función de estos códigos es alterar las prioridades culturales originales de las dos partes y llevar al centro de la cultura colonial subculturas previamente recesivas o subordinadas en las dos culturas confrontadas...

Segundo, la cultura del colonialismo supone un estilo particular de manejar la disidencia. Obviamente, un sistema colonial se perpetúa a sí mismo induciendo al colonizado, a través de premios y castigos socioeconómicos y psicológicos, a aceptar nuevas normas sociales y nuevas categorías cognoscitivas... *(ASHIS NANDY. «The Intimate Enemy. Loss and Recovery of Self Under Colonialism». Delhi, Oxford University Press, 1983, pp. 1-3.)*

Jinetes beduinos atacan a una avanzadilla inglesa (grabado del siglo XIX)

